

“MONOPOLARISMO CON INTERESES CORPORATIVOS, UNILATERALISMO GLOBAL Y REALISMO EN LA POLÍTICA EXTERIOR AMERICANA POST- 11 DE SETIEMBRE : ¿EL FIN DEL INTERNACIONALISMO LIBERAL?”

Dr. Gustavo Daniel Di Paolo

1. LA ESTRATEGIA DE LA CONTENCIÓN DEL COMUNISMO COMO EJE ESTRUCTURAL DE LAS ACCIONES EXTERNAS, Y COMO BASE PARA LA GENERACIÓN DE CONSENSO DOMÉSTICO.

La estrategia global que sirvió de base a la formulación de la política exterior norteamericana de posguerra, comprendió fundamentalmente la tipificación e identificación de un adversario puntual: la Unión Soviética.

El eje se constituyó en el enemigo tangible durante la segunda guerra mundial, pero al cesar las acciones belicosas el frente de los aliados (que ya sostenían diferencias ideológicas y geopolíticas y fracturas internas antes y durante la segunda guerra mundial) profundizó sus asimetrías que conspiraron contra un esquema de equilibrio de poder.

Las consecuencias palpables luego de 1945, pueden describirse elementalmente a través de la referencia de un eje derrotado y expuesto a los costos económicos y no económicos de la guerra, una Gran Bretaña perteneciente a la coalición vencedora pero perdedora si analizamos los efectos derivados de la guerra (que significó su final como potencia hegemónica en el contexto mundial), un EEUU devenido de potencia a superpotencia mundial (con costos regionales relativamente bajos), y la Unión Soviética quien se constituyó en el gran ganador de la segunda guerra mundial (dada su ínfima incidencia e inserción en el contexto internacional y su posterior consolidación como superpotencia mundial en un marco de bipolarismo de bloques de poder internacional).

Las características de posguerra se completan con un capitalismo que explotó en fragmentos (el capitalismo norteamericano, el francés, el británico), en concomitancia con la ideología socialista.

El conflicto este-oeste ya instalado, se origina en variables ideológicas y de seguridad (militares), desembocando en el período de guerra fría. Desde 1946 a 1950 se divisa una suerte de bipolaridad rígida dentro de la misma “guerra fría” (como consecuencia del acuerdo de Churchill, Roosevelt y Stalin). Sin embargo, es relevante resaltar que mientras Gran Bretaña y la Unión Soviética concebían el contexto internacional como una estructura de áreas o esferas de influencia, los EEUU predicaban el concepto de universalidad. Todo lo planteado no terminó en otra cosa que en un período anárquico y caótico, con un panorama de problemas y divisiones étnicas y religiosas en desarrollo en el tercer mundo, con una actitud norteamericana de intentar absorber a la URSS luego del final de la alianza antinazi, y con una sociedad internacional de carácter piramidal, embuída de un “paradigma de guerra y paz” y de una lógica estatocéntrica (con un Estado territorialista en defensa de lo espacial y de la pertenencia).

El objetivo esencial de una política exterior es minimizar los riesgos y costos y maximizar los beneficios, y no fue sorprendente la elección del aislacionismo como método. Es así como George Kennan (discípulo de Morgenthau) inauguró la doctrina de la contención, citando que a la URSS no hay que confrontarla en forma directa, sino que a través de la lucha de poder psicológico hay que mantener el statu quo hasta que termine por asfixiarse económicamente (tal vez fue una previsión acertada a la luz de los acontecimientos). Esta postura convivió con la teoría de cooperación planteada por Roosevelt, que pretendía incorporar indirectamente a la Unión Soviética al modelo capitalista, y la tesis universalista que planteaba el concepto de cooperativismo (ya que los “aliados” constituían parte del mismo mundo).

En la URSS se propugnaba la visión ideológica expansionista e imperialista, generalizando el comunismo en todo el mundo (a través de una política de poder y centralizando el enfoque sobre la dimensión estratégico-militar). EEUU, sin embargo, también concentró sus esfuerzos sobre la

dimensión económica: a través de la ayuda financiera a Europa Occidental y a Japón por medio del Plan Marshall desde 1947. Consecuentemente con esto, EEUU plasmó la connotación estratégico–militar en su política exterior, a través de la doctrina Kennan para “cercar” al comunismo. Esto derivó en una serie de pactos defensivos suscriptos por los EEUU: TIAR en 1947, OTAN en 1949, ANZUS (Alianza con Australia y Nueva Zelanda) en 1951, convenios bilaterales con Filipinas y Japón también en 1951, Acuerdo bilateral con Taiwán en 1954, la constitución de CEATO (involucrando al Sudeste Asiático) también en 1954, el Tratado de Bagdad en 1955, la conformación de la METO que luego se convirtió en la CENTO. No obstante se puede inferir que la estructura de política exterior norteamericana estaba sustentada en tres patas concomitantes: la Doctrina de Contención de Kennan, la Teoría de la Cooperación de Roosvelt y la Doctrina de Truman que rozaba el extremismo y la confrontación (hasta en algún caso planteando una tercera guerra mundial).

Por otra parte, la URSS gozaba de un aislamiento revolucionario a fin de conformar el Estado soviético (Estado fuerte y poderoso que logró Stalin finalizando la segunda guerra mundial), de una burocracia instaurada en el Partido Comunista, y de un desapego ideológico para dar paso al sistema de planificación soviético. Conforme a esto se creó el Komiform (oficina de información de todos los países de la orbita comunista), en 1949 se constituyó el COMECON (comité de ayuda mutua y de división del trabajo dentro del campo soviético), formalizando luego el Pacto de Varsovia.

EEUU tenía claro que debía reconstruir Europa Occidental y Japón, y edificar así un bloque de poder homogéneo (en el contexto de posguerra es hegemónico ya que ejerce la supremacía mundial, pero no marca los lineamientos del orden mundial).

La guerra de Corea (el único enfrentamiento “caliente” de la guerra fría) sumado a la llegada en 1949 de Mao al poder en China, se constituyeron en los sucesos - hitos que marcaron el paso de la contención selectiva a un estadio de contención global.

Es interesante remarcar el significado integral del Plan Marshall y sus efectos derivados concretos: la transferencia de poder y capacidad de compra a Europa, la tendencia a un rearme, el fomento del libre comercio, y la proliferación de un flujo de capitales bajo control norteamericano (creando dependencia económica y cultural de Europa con EEUU). Me animo a sugerir que la bipolaridad garantizaba la estabilidad internacional, fomentaba la lógica interestatal, consolidaba los intereses nacionales de las superpotencias, y establecía un juego de suma cero comprendido por la política de contención de EEUU y por la perspectiva expansionista de la URSS (todo esto en un contexto de concepciones realistas).

La URSS catapultó la razón de Estado por sobre la cuestión ideológica, mientras que EEUU tenía que recomponer sus intereses nacionales.

Más allá de las distorsiones y oscilaciones acaecidas en la política exterior norteamericana, tal como cita José Miguel Insulza: “Los objetivos primarios de la política exterior norteamericana son la autopreservación, la seguridad y la existencia continua en las mejores condiciones sociales, políticas y económicas posibles”. Sin embargo, desde el año 1945 la cuestión fue definir e identificar con qué concepción (el aislacionismo, o el intervencionismo o internacionalismo) se podía abordar y poner en práctica el objetivo del interés de la seguridad nacional.

No obstante lo referido, ningún estrato decisorio ni grupo de interés participante en la formulación de la política exterior americana, negaba las bondades de un marcado y decidido protagonismo de EEUU en el escenario internacional de la segunda posguerra. Como parte integrante de este protagonismo, se divisó como fundamental la creación de un nuevo enemigo (en este caso la Unión Soviética) que reemplace la hipótesis de confrontación y conflicto existente con el “eje” en plena guerra mundial. Además de imputarle a un actor internacional determinado la categoría de adversario palpable y único, se buscó paralelamente la concientización de la sociedad norteamericana con este propósito, creando consenso interno respaldatorio del accionar internacional.

Con la amenaza soviética sólidamente instaurada, la política exterior americana apuntó esencialmente al adversario que le revalidaría poder y mantendría la estabilidad internacional desde las concepciones más profundas del realismo (a través de la bipolaridad).

Por otra parte, el conflicto este–oeste condicionó los procesos políticos y sociales internos de infinidad de países ajenos a esta disputa, los cuales fueron introducidos compulsivamente a esta confrontación. En la disputa este–oeste, se estaba de un lado o del otro, no se admitían neutralidades ni “grises” (por lo menos desde la óptica norteamericana) tal como lo demuestra lo referido en su oportunidad por el Presidente Truman en 1947: “En función de este conflicto cada país de la tierra es llamado a decidir su modo de vida”. En forma complementaria a estos postulados, lo que una superpotencia “perdía” en el contexto global lo “ganaba” la otra por carácter transitivo y directo (llevando al extremo la esencia de la bipolaridad rígida).

Las previsiones norteamericanas de posguerra, en lo que hace a un lapso de estabilidad internacional con predominio norteamericano, chocó abruptamente con el surgimiento de la Unión Soviética como superpotencia capaz de fijar condiciones, dado su relevante papel como variable interviniente regional (en el marco de Europa del Este). Es así como la oposición norteamericana a la proposición Stalinista de determinar áreas de influencia durante el segundo conflicto mundial, se convirtió luego de hecho en la consolidación posguerra del área de influencia soviética en el flanco oriental. Es que EEUU ya divisaba con preocupación el avance de la URSS en la órbita oriental durante el conflicto bélico, pero el “demonio” común que significó el nazismo disfracó la tensión.

Pero inmediatamente después del año 1946, la política exterior americana hacia la URSS no resultó ser conciliatoria ni impulsora del equilibrio de poder, sino como describe Insulza: “fue una combinación de ofertas de apoyo limitado con amenazas de represalia”.

EEUU hasta comienzos de 1946, creyó que la intimidación militar y la presión económica doblaría el avance soviético, pero lejos de esto lo acrecentó y estimuló. Es así, como la política exterior de EEUU tomó conocimiento acabado de la incipiente incertidumbre del contexto internacional (con lo cual una actitud de anticipo a los cambios resultaba ser cuasi-impracticable).

Si a esta incerteza, adicionamos las crecientes presiones en el orden interno (sobre todo del poder militar representado por la fuerza aérea y la marina), la hipótesis de edificar una posición sobre la ventaja nuclear no resultaba descabellada (además del interés de la corporación militar que bregaba por evitar una reducción en el presupuesto militar).

Las intenciones de negociación, fueron abortadas por el irreconciliable cruce entre la doctrina de seguridad regional soviética y la proliferación de opiniones americanas en favor de la confrontación.

Es así como aparece en escena, la tesis de contención de George Kennan que además de constituirse en una práctica diplomática, se convirtió también en una doctrina política y en una propuesta dirigida a la dimensión estratégico–militar. Embuído como nadie de la conducta soviética, Kennan planteó esencialmente en opinión de Insulza: “El abandono de toda pretensión de imponer un orden mundial como objetivo de la política exterior de Estados Unidos, lo cual no significa renunciar a la hegemonía sino a sentarla sobre bases de realismo político”. Planteando los mecanismos de la política exterior como un medio y no como un fin, Kennan se refirió a que “pretender imponer los propios valores de una sociedad al resto no sólo era utópico, sino altamente improductivo, ya que los enfoques universalistas de las relaciones internacionales sólo pueden conducir al parlamentarismo internacional, que inhibiría la defensa de los propios intereses. Al contrario un enfoque particularista que tomara en cuenta la realidad de un mundo necesariamente diverso, permitiría una política realista de balance de poder que serviría mejor al interés nacional”.

Los conceptos de poder e interés nacional, impregnaron de una óptica realista y pragmática la política exterior norteamericana. La doctrina de seguridad nacional se cumplimentaría a través del control de los centros de poder político, militar e industrial: EEUU, Gran Bretaña, la zona geográfica del Rin, Japón y la URSS (por lo que la única hipótesis de conflicto se centraría en el polo de poder que se constituía en variable no controlable: la órbita de la Unión Soviética). Consecuentemente al pensamiento de Kennan: “La conducta de la URSS no dependería de que los EEUU pudiera o no

hacer, sino que tendría sus raíces en la naturaleza misma del régimen soviético y en sus necesidades de política interna”. En virtud de esto, la desaparición de Japón y Alemania -luego de la segunda guerra mundial- como exclusivos actores de confrontación directa, hizo que la Unión Soviética viera a EEUU y a Gran Bretaña como generadores y polarizadores de hipótesis de conflicto.

Un cocktail de tendencia expansionista, desconfianza del mundo exterior y bajo perfil o anonimato inducido en forma compulsiva por las potencias hegemónicas de momento, hicieron que la política exterior soviética se tornara decididamente agresiva. Una contención norteamericana de largo aliento, sería la solución o “receta” a este expansionismo; aunque las variantes estratégicas de tal contención se fueran formando sobre la marcha. La primera de estas estrategias se sustentó sobre el supuesto de la superioridad norteamericana en la esfera estratégico-militar, aunque las posibilidades de conflicto debían ser enfocadas o analizadas especialmente en las dimensiones político-diplomática y económica. Esta construcción teórica, se basó sobre la premisa de la actitud conservadora de la URSS, que insistía en creer en la incontenible y abrupta caída progresiva del modelo capitalista, y en el consecuente florecimiento victorioso del socialismo. La introducción del tema de la amenaza psicológica (además de la política) junto al concepto de aprovechamiento de las fracturas y descoordinaciones dentro del campo socialista, fueron postulados basamentales en la doctrina de contención del comunismo por parte de Kennan. Sin embargo, la constitución de un consenso interno para aplicar esta política era una aspiración compleja para el gobierno de Truman (que se veía jaqueado por las presiones emparentadas con el endurecimiento militar y la confrontación directa).

El establecimiento de un sistema de balance de poder (como el instrumentado y edificado por Gran Bretaña en el siglo XIX), y el recorte del grado de maniobra restrictivo de la URSS, fueron las ideas predominantes de la estructura de política exterior americana en el período 1947 a 1949 (aunque el diseño teórico original concebido por Kennan difirió con la consecuente puesta en práctica). El esquema de contención no obstante, priorizó la ayuda económica y la asistencia financiera a los miembros del bloque occidental, en desmedro de la intervención directa externa.

La cara negativa del esquema de contención lo constituyeron ciertos elementos creados para tal fin, como la conformación de la OTAN y el mantenimiento de bases militares en Japón, que no hicieron más que empujar a la URSS hacia la postura decidida de no negociación. El tramo de contención selectiva, fue reemplazado en 1950 por un esquema de contención global (con el hecho aislado acaecido en Berlín en 1948 y que significó la profundización de la guerra fría). La política exterior norteamericana de estos tiempos presuponía un injerto indefinido de aislacionismo e intervencionismo, definía prácticas y enunciados belicosos sin confrontación directa, no buscaba el aniquilamiento del adversario ocasional sino su contención y control restrictivo.

Las tendencias contradictorias entre los que pregonaban el aislacionismo y los que sostenían un aprovechamiento más decidido de la superioridad en la dimensión estratégico-militar (ya sea a través de la estrategia atómica o de una actitud disuasiva), no podían disimular ni justificar aún los costos de la contención.

La formulación estratégica de la política exterior norteamericana basada en la contención pensada por Kennan, se vio plasmada por el Memorandum N° 68 emitido por el Consejo de Seguridad Nacional en 1950, que resultó el inicio de la carrera armamentista y la profundización del conflicto este-oeste mediante la expansión del conflicto con la Unión Soviética en el “campo de batalla” mundial. Sin embargo, este documento reestructuró la orientación definida por Kennan al descartar de plano la priorización de áreas o centros de interés, pero no abandonando los preceptos básicos de la contención (aunque global), ya que el comunicado menciona que “la Unión Soviética está animada por una nueva fe fanática, antitética con la nuestra, y busca imponer su autoridad absoluta sobre el resto del mundo. Cualquier nueva extensión sustancial del área bajo el dominio del Kremlin, levantaría la posibilidad de que una coalición adecuada para enfrentar al Kremlin con una fuerza superior no pudiera formarse. Una derrota en cualquier parte es ahora una derrota en todas partes”. Es así como la premisa de evitar el avance soviético a cualquier posición o espacio territorial, predominó sobre la concepción de contención en puntos estratégicos elaborada por George

Kennan (auge de la contención global). A partir de 1953 y hasta 1960, se instala la teoría de contención asimétrica y se sugiere en forma reiterada las bondades del “roll back”, que implicaba responder a la amenaza expansionista de la URSS aplicando sus mismos preceptos de extensión territorial (hay que recordar que se encontraban en pleno auge las concepciones macarthistas). Esta tendencia pujaba y convivía con la idea del aislacionismo (que resaltaba los costos endémicos de la contención). Consecuentemente con el contexto existente, Truman mantuvo la contención ante el temor y las dudas ante un hipotético enfrentamiento militar con la URSS, con los riesgos sobrevinientes de una escalada (aunque dilató inútilmente la dimensión temporal de la guerra de Corea).

La administración de Eisenhower se desarrolló en un marco de crítica al modelo de contención (sobre todo del secretario de Estado John Foster Dulles). Resurgió una preocupación desmedida por la ideología comunista, sometiendo y condicionando a ésta toda suerte de planificación estratégica (en especial la referida a crear una línea de liberación supletoria del esquema de contención). No obstante esto, el gobierno republicano de Eisenhower se aferró a la idea de la contención (a pesar de las críticas originales), conservando una opinión relacionada a la concepción pragmática del comunismo de la URSS.

La tesis de contención asimétrica, se instrumentó sobre la base de la represalia masiva que aspiraba a la disuasión global y a la definición del límite a la periferia comunista (con la hipótesis extrema de una respuesta nuclear por parte del bloque occidental), y sobre el concepto conocido de seguridad colectiva. Estas aspiraciones se contradecían con las intenciones republicanas de reducir el presupuesto y de lograr el equilibrio fiscal, aunque la innovación tecnológica y la transferencia de recursos por la finalización de la guerra de Corea movilizaban el objetivo original de extender la capacidad militar. En este período, se completó el proceso de alianzas militares formales iniciado por Truman.

En el año 1960 la merma del consenso interno era evidente, y el descontento de la población norteamericana desembocó en el previsible triunfo demócrata.

El resurgir económico de Europa y Japón implicó una delegación más acabada de responsabilidad hacia estos eslabones de la alianza occidental.

La disuasión inmersa en la medida de represalia masiva, conspiró abiertamente contra las posibilidades de negociación con la Unión Soviética, además de fracasar en el intento de evitar los movimientos de liberación nacional y los procesos revolucionarios (que hacían peligrar el equilibrio global y que tendían a conformar un desequilibrio a favor de la URSS).

El inicio de la coexistencia pacífica en 1956 (que no se plasmó en la práctica con un convenio de limitación y control del rearme), reforzó y dilató la influencia de la contención, que se instrumentó a través de una forma de contención simétrica hasta 1968.

Las administraciones de Kennedy y Johnson conservaron la postura de la contención, y relanzaron algunos idearios de su versión original, con el objeto de ampliar la línea de confrontación más allá de la represalia masiva. Algunas nociones teóricas transmitidas por Kennedy, dejaban entrever un indicio universalista en la política exterior norteamericana, pero en realidad la concepción particularista de Kennan (con la precisión de dos mundos asimétricos) prevaleció en esta análisis, además de instaurarse la sensación de un anti-aislacionismo. Por otra parte, John F. Kennedy estaba abierto al diálogo con la URSS, a pesar de sus intentos por aumentar los gastos de defensa para reactivar y dinamizar la economía (en detrimento del incremento del déficit fiscal). Sin embargo, las intenciones negociadoras del gobierno demócrata, chocaban contra el doble papel protagonizado por la URSS en el escenario internacional: ofreciendo la coexistencia pacífica, y fomentando paralelamente la agresión indirecta a través de la subversión. La utilización de medios no militares para la contención era una política común, tratando de enviarle señales al tercer mundo de las desventajas y carencia de atractivos del comunismo (ante los temores del efecto “dominó”). Es así como la “alianza para el progreso”, las medidas de contrainsurgencia y de desestabilización política en América Latina, y los programas de especialización de las fuerzas militares de los países en vías de desarrollo, fueron ejemplos ilustrativos de estos medios estratégicos no militares. Las

dudas sobre la contención global y el desastre de Vietnam, complementaron el panorama. Este suceso desencadenó los albores de la política de distensión durante la administración de Nixon, pero sólo ocasional y circunstancialmente.

Tal como lo expresara George Kennan: “Jamás se logrará una seguridad completa ni la perfección del entorno internacional”. La incógnita era resolver cómo fortalecer la seguridad de la nación y la solidaridad del macroambiente o marco internacional. Es por ello, que insertar y traducir el interés nacional en el contexto mundial era el desafío concreto para la estructura de hacedores de la política exterior norteamericana de la segunda posguerra. Para cumplimentar este objetivo, se podía recurrir a un enfoque universalista que implicaba el intento por reformular el orden internacional preestablecido, o a una óptica particularista, que aspiraba a conservar una balanza o equilibrio de poder sin predominio alguno dentro de los centros de poder internacionales. La lucha dialéctica entre las bondades del aislacionismo o las ventajas del intervencionismo, no puede desconocer no obstante, lo propuesto por Kennan en su momento: “ninguna política global que tiene realidad en los actos así como en las palabras puede dejar de ser primordialmente una política de prioridades. Hay una estrecha conexión entre la política exterior y la política interna, y un cambio en una de ellas no puede producirse sin que se produzca un cambio en la otra: tengo el sentimiento de que si alguna vez llegamos al punto en el que cesemos de tener ideales en el campo de la política exterior algo muy valioso habrá desaparecido de nuestra vida política interna”. Con el pensamiento referido se demuestra en forma fehaciente el espíritu de la política exterior norteamericana desde 1946, y que tuvo a Kennan como un fiel representante y exponente: el concepto de equilibrio de poder internacional es el medio más viable para conjugar y coordinar los objetivos nacionales y el interés nacional norteamericanos.

Sin embargo, existe una explicación de Kennan que ilustra de manera concisa y a la vez completa, la conciencia norteamericana de haber desarrollado y potenciado durante la segunda guerra mundial a su propio enemigo (el “monstruo soviético”): “Teníamos que usar a la Unión Soviética aunque hubiéramos sabido que estaba dedicada y consagrada a nuestra destrucción”. Por otra parte, esta rivalidad con la URSS estaba fundamentada en razones históricas e ideológicas en particular, por lo que la estrategia de contención era por esos años la respuesta más viable ante la hipotética situación de control soviético sobre alguno de los centros de poder mundiales (y siendo esto lo que la corporación “aliada” antinazi había querido evitar precisamente, es decir la expansión y posicionamiento en los centros de poder de los enemigos de EEUU y sus aliados democráticos). Es decir que la hostilidad, agresividad e imprevisibilidad de la Unión Soviética debía ser contenida (y el comunismo como herramienta de esta política de expansión controlado o anulado). Pero la teoría de la contención se preocupaba fundamentalmente de los efectos psicológicos a los que estaban sujetos las naciones cercanas al área de influencia de la URSS, y un temido efecto “derrame” de la ideología comunista. Y ante esta amenaza psicológica, debía instrumentarse una solución de tal carácter, y es por ello que Kennan sostenía que se debía apuntar a: “el profundo agotamiento de la planta física y del vigor espiritual” (pero provocando ese deterioro con la utilización de la variable económica y el poder político, y no exclusivamente con el instrumento militar). El descrédito y la experiencia negativa de los regímenes comunistas en los países satélites, además de las fracturas del bloque, debían concurrir y colaborar con la caída soviética.

La disputa con la URSS es contextualizada como nadie por George Kennan, quien a los estudiantes de la Naval Academy les equiparó esta confrontación: “a una suerte de competencia de esgrima a distancia en la que las armas no son solamente el recurso del poder militar sino también las lealtades y las convicciones de cientos de millones de personas y el control o la influencia sobre sus formas de organización política”.

En lo que respecta a crear consenso interno para la aprobación de la doctrina de la contención, Truman estaba convencido de que el Senado norteamericano pondría obstáculos para convalidar la teoría sino se recurría a resaltar el peligro comunista. Consecuentemente, se hizo énfasis en el factor ideológico para colocar a la URSS en la “vereda de enfrente”, y concientizar a la sociedad norteamericana de la presencia concreta de un enemigo (independientemente de lo abstracto

del componente ideológico). Este mecanismo premeditado de instalar un oponente, fue alimentado por la desconfianza soviética del mundo occidental y su tradicional sensación de inseguridad.

No obstante, el consenso interno obtenido no pudo siquiera compensar en forma parcial los costos derivados de la contención, que fueron claramente mayores a los previstos.

Luego de un período de distensión ya señalado, se insistía de manera reiterada en la decadencia norteamericana en los inicios de la administración Reagan. En correlato a esto, José Miguel Insulza en su trabajo de “Política exterior de EEUU en los años 80”, señala que: “antes que aceptar el redimensionamiento de la hegemonía norteamericana como el producto inevitable de los cambios en la situación internacional (la reconstrucción del poder económico de los otros centros capitalistas, la consolidación del campo socialista, la multiplicación de actores internacionales, consecuencia de la descolonización y modernización del tercer mundo), parecía más fácil atribuirla a la ingenuidad y debilidad de los gobernantes anteriores para enfrentar a sus adversarios y en primer lugar, a la Unión Soviética, causante final de todos los males. De este modo, la faceta podía también ser simple: rearme, confrontación y liderazgo permitirían recuperar la preeminencia perdida”. Lo expuesto por Insulza, no hace más que esgrimir las oscilaciones de la política exterior americana. Consecuentemente, una política exterior carente de continuidad conspiraba contra la prevalencia internacional pretendida. También se refleja la imputación de responsabilidad a la URSS por los padecimientos (internos y externos) de los EEUU, y de la sociedad norteamericana en particular.

El pensamiento de Nixon y Kissinger, en cambio, se focalizaba en la idea del equilibrio estratégico de poder y de las áreas de influencia (que Stalin proponía treinta años atrás). Jimmy Carter, por otra parte, abandonaba esas prácticas realistas y pragmáticas, creyendo en la prioridad de los centros económicos y financieros capitalistas.

En forma coincidente, las administraciones de Nixon y Carter, pusieron sobre el tapete la necesidad de la cooperación con los restantes actores internacionales, la búsqueda de estabilización del sistema internacional, la tendencia a la negociación estratégica y a la concertación (y no a la confrontación directa). En definitiva, todos los componentes y direccionamientos planteados conformaron la distensión.

El fracaso marcado de la política de distensión, implicaba dos alternativas en el proceso de toma de decisiones: insertarse en un nuevo orden global o instalar la hegemonía norteamericana en base a la fuerza y a la confrontación (volviendo a la primacía de la inmediata posguerra).

Como plantea Dister Senhaas, “fracasado el intento de recomposición dura, era lógico esperar el uso de la fuerza para lograr aquello que la capacidad económica ya no puede obtener”. Es por ello, que la administración Reagan rechazó de pleno la distensión, abandonando los preceptos del realismo político y del multilateralismo, para sobrellevar una política unilateral, idealista y no pragmática. Se buscaban establecer diferenciales en cuanto al esquema de disuasión de posguerra, y el contexto planteado por la administración Reagan de cambio estratégico (pasando de una planificación estratégica de disuasión a una de “guerra” o de “combate” por la disponibilidad de armas nucleares y convencionales). Se trata de una suerte de contención ampliada y “remozada”: insertando en el pensamiento soviético no sólo la hipótesis de anulación de cualquiera de sus efectos, sino instalando la certeza de que EEUU no sólo podía contenerla o anularla, sino también destruirla (con la preferencia de medios convencionales).

Como referencia Weinberger, “la postura tradicional defensiva ha sido reemplazada por una nueva y más ofensiva estrategia de guerra”, ya que la política de distensión no hizo más que debilitar la capacidad militar de EEUU, fortalecer la superioridad militar (convencional y no convencional) soviética y propiciar el desequilibrio internacional. El diálogo y la negociación quedaban en desuso, la distensión estaba descartada como medio viable (aunque resabios realistas propugnaban aún por la negociación y por la distensión). Sin embargo, el componente basamental de la distensión como lo es el control armamentista, ha desaparecido.

En coherencia con la oscilación de la estructura de política exterior norteamericana, la administración Reagan conjuga un planteo original de contención “dura” y ampliada con una política

para establecer ganancias en el esquema de juego de suma cero en la disputa entre el mundo occidental y el campo socialista.

A las discontinuidades de la política exterior hay que adicionar un nuevo ingrediente: la fragmentación en la esencia del proceso de toma de decisiones de la administración Reagan. También es relevante resaltar las constantes controversias entre las lecturas idealistas (que aspiraban a instaurar el orden liberal y la extensión del sistema democrático en función del concepto de fuerza e intervencionismo), las concepciones realistas (que propugnaban la confrontación directa sin recurrir a la guerra), y las tendencias aislacionistas de “izquierda”. Los efectos de la disputa y la diferenciación entre el “ideal nacional” y el “interés nacional” siguen vigentes en la actualidad.

El planteo del gobierno de Reagan estaba orientado a la recomposición del modelo de posguerra, atenuando la pérdida progresiva de hegemonía y propiciando el enfrentamiento con la URSS, y asumiendo consecuentemente un decidido liderazgo (acorde a los lineamientos del idealismo original). El componente idealista de la política de Reagan se demostró claramente en el abandono del concepto de equilibrio estratégico a favor de la hipótesis de un predominio estratégico de la potencia pacífica y democrática, convalidando la práctica intervencionista en referencia a una lucha global entre dos sistemas contrastables. Constituyó el regreso al marco de idealismo global, intervencionista y hegemónico característico de los albores de la posguerra.

La excesiva tipificación del comunismo como hacedor de los infortunios norteamericanos, fue una errónea orientación de la política exterior norteamericana (con los costos sobrevivientes), y Jimmy Carter lo plasma en un discurso del 22 de mayo de 1977 en oportunidad de la ceremonia de colación de grados en la Universidad de Notre Dame: “sintiendo confianza en el futuro, ahora nos sentimos libres de ese excesivo temor al comunismo que en cierta época nos impulsó a abrazar a cualquier dictador que compartiera nuestro temor”. Consecuentemente a esto, Carlos Portales en su trabajo de “Problemas de Consenso en la política exterior norteamericana” cita que: “La misión de los Estados Unidos de apoyar a los pueblos libres en la contención del comunismo no sería entonces más que un franco reconocimiento de que los regímenes totalitarios impuestos sobre los pueblos libres, por agresión directa o indirecta, socavan las bases de la paz internacional, y por lo tanto la seguridad de los Estados Unidos”.

La política exterior norteamericana de posguerra mundial no se explica sino dentro de los parámetros del sistema interestatal internacional en el cual se desenvuelve el actor: los EEUU. La interacción en un marco “realista” como el sistema interestatal, no hace más que explicar otros dos conceptos realistas derivados: la seguridad nacional y el poder, elementos estos característicos y circunstanciales de la política exterior norteamericana desde 1946. Tal como lo cita Robert E. Osgood en su prefacio al libro de Liska: “American foreign policy in the first two decades of the cold war has been a striking success, judge by the normal standard of national security and power”. Dentro del contexto del “sistema planetario” no ha circunscripto su intervención internacional a una zona geográfica en particular, sino que ha conformado alianzas y pactos estratégicos con innumerables Estados (muy heterogéneos entre sí), pero sin recurrir a la impronta de “imperio” (dada la imposibilidad de intervenir en todo el mapa mundial). Ha actuado como superpotencia hegemónica, como variable interviniente en los diversos bloques regionales. Aún hoy se discute el protagonismo internacional que requiere EEUU, conjeturando acerca de un mayor o menor intervencionismo.

En mayo de 1947 se puede definir el inicio formal de la “guerra fría” con una suerte de propaganda agresiva entre ambos bloques contendientes (profundizándose la soviétización de los Estados ocupados por el Ejército Rojo). En este primer tramo de la guerra fría, la diplomacia estadounidense se manejó con cautela con un temor tal vez injustificado de la presunta superioridad soviética.

El conflicto este-oeste resulta de la hostilidad entre la URSS y el mundo occidental, disputa ésta producto de la naturaleza intrínseca del régimen soviético y la desconfianza con que la divisan los países capitalistas (sin embargo existe un denominador común entre la ideología marxista-leninista y el concepto de democracia liberal estadounidense: la universalidad inherente en sus

conductas). Esta bipolaridad fue recalcada en forma trascendente por André Fontaine en su libro de “Historia de la guerra fría”: “No habría habido guerra fría si no hubiesen existido en medio de este siglo dos potencias y solamente dos, bastante vastas, bastante pobladas y suficientemente confiadas en la validez de sus creencias y de sus armas de toda clase, como para disputarse la preponderancia mundial, sin que a pesar de ello, ni la una ni la otra hayan podido asegurarse la indispensable superioridad decisiva” (no estando en el análisis si la guerra fría comienza con la Revolución Bolchevique en 1917, o con la finalización de la segunda guerra mundial y el desmoronamiento de los Estados intermedios).

La doctrina de la contención y la aceptación encubierta de la instalación de áreas de influencia sugeridas por Stalin, se ilustra con lo referido por Raymond Aron en su libro “La República Imperial”: “¿Por qué no permitir, entonces, que los soviéticos se comporten según su estilo dentro de los países que pertenecían geográficamente a su zona de seguridad, de responsabilidad o de influencia? ¿Es que los anglo-americanos condenaban al estilo comunista? Seguramente, pero también los soviéticos según su propio sistema de pensamiento histórico, condenaban la restauración o el mantenimiento del régimen capitalista. Tanto los soviéticos como los angloamericanos actuaban en sus respectivas zonas de influencia de acuerdo con sus peculiares sistemas y criterios: unos y otros instalaban regímenes próximos al suyo, por más que emplearan otros métodos y entronizaran a otros hombres”. En definitiva y en términos simplistas, la guerra fría implicó despojar a EEUU de sus aspiraciones universalistas, y atrapararlo en la “realidad” de las áreas concretas de influencia.

La doctrina de la contención instaurada en los inicios de la segunda posguerra mundial, tuvo beneficios y desventajas ya expuestos para los Estados Unidos, produciéndose un debate dialéctico acerca de su conveniencia. Lo cierto es que esta postura subsistió durante tres décadas en el centro de acción de la política exterior americana, y fue reformulada y relanzada de manera continua por diferentes administraciones (ya sea demócratas o republicanas). La idea transmitida por esta estrategia de control defensiva prevaleció en el direccionamiento de la política externa de EEUU (salvedad hecha por alguna discontinuidad relacionada a un intento de reacción activa u ofensiva hacia el comportamiento de la URSS).

La contención fue acompañada de un proceso diagramado y estructurado de creación de consenso y aceptación interna mediante la concientización de un enemigo definido (potenciando muchas veces en forma desmesurada las virtudes e intenciones de la Unión Soviética).

Lo cierto es que la consolidación de esta bipolaridad y de este enfrentamiento era condición necesaria para la revalidación de la supremacía norteamericana.

2. EL PARADIGMA ESTADOUNIDENSE DE POST-GUERRA FRÍA: EXPANSIÓN DE LA DEMOCRACIA Y DE LA ECONOMÍA DE MERCADO.

Al colapsar la URSS por los costos derivados de mantener su condición de jefe de bloque de poder internacional, y en gran parte por el deterioro interno relacionado a la faceta psicológica (como Kennan lo había anticipado hace más de 40 años), EEUU quedó circunstancialmente como actor excluyente de un nuevo contexto de unipolaridad, es decir como única superpotencia hegemónica.

Pero para convalidar y revalidar la superioridad (desde la dimensión estratégico-militar, político-diplomática, y hasta desde la esfera económica), un hegemon que se precie como tal debe necesariamente confrontar, instalando un adversario directo en el “juego” del tablero mundial. No se concibe una política exterior americana sin un enemigo o confrontante directo.

En el contexto actual de posguerra fría, caracterizado por una unimultipolaridad con tendencia a la polarización, es clave descifrar si China, Rusia, la Unión Europea, el terrorismo u otro actor no convencional, será el elegido como blanco u objetivo pasible de una moderna y remozada “contención” por parte de la política exterior americana.

Con la caída de la URSS y la consecuente desaparición del enemigo que en forma hostil confrontó con los Estados Unidos durante más de cuarenta años, la política exterior norteamericana no podía ser menos que redireccionada y reformulada. La política de contención que sustentó el accionar externo ya no tenía sentido, al igual que las discusiones acerca de orientar una estrategia ofensiva, activa y reactiva, o en contrario una actitud defensiva y de monitoreo. Sí, continuaban las diferencias en cuanto a la aplicación de un protagonismo intervencionista, o en su defecto, de un aislacionismo sin costos subyacentes. Las prioridades de la política exterior americana, fueron fijadas en función de la capacidad de adaptabilidad a las nuevas condiciones del contexto internacional.

EEUU había interactuado dentro de un marco de bipolaridad marcada, estableciendo un equilibrio del poder internacional, y definiendo su actividad internacional con una decidida limitante: la URSS.

El shock de pasar de un estadio de bipolaridad rígida (interrumpida por un intervalo de coexistencia pacífica) a una situación de unipolaridad circunstancial, hizo temer a la administración americana por un aburguesamiento de sus estructuras por la carencia de motivación: es decir por la ausencia de un adversario directo, que demostrara en contraste su superioridad pretendida por años.

Perdió relevancia la dimensión estratégica-militar, y cobró vida la esfera económica como consecuencia de una lógica transnacional.

En el nuevo mundo de los noventa, el aparato montado en función del desarrollo de la guerra fría en sus distintas alternativas, debió ser readaptado y hasta desactivado ante la desaparición del objeto de confrontación.

Habiendo cesado el expansionismo soviético, la política de seguridad nacional norteamericana debió ser reestructurado en función de enemigos o actores no convencionales (terrorismo internacional, narcotráfico, etc.).

Existía no obstante consenso en la sociedad norteamericana de que EEUU debía cumplimentar un rol activo y protagónico en el contexto internacional (aunque esto no suponía la variable intervencionista, sino la participación selectiva que aspiraba a la maximización de beneficios y a la minimización de costos en la política externa de EEUU).

Por otra parte, la acción externa de EEUU requería atender la tendencia inevitable del transnacionalismo económico, y del surgimiento de los actores no estatales en el proceso de toma de decisiones del contexto internacional.

Aparecieron en el centro de la discusión temas tales como el de prosperidad, expansión democrática y consolidación del mercado (esto sucedió evidentemente en virtud de un cambio estratégico en la agenda global). Complementariamente a esto, existe la preocupación de la sociedad norteamericana por los asuntos o problemas internos en desmedro del interés por la política y problemática internacional.

Es así como el Presidente Bill Clinton debió completar lo iniciado por su antecesor George Bush: la revisión de la estrategia militar y de la logística de fuerzas. También tuvo que monitorear y asistir la reestructuración económica y la reforma integral emprendida por Rusia, y los ex integrantes de la órbita soviética.

Otra prioridad de la administración Clinton, fue la de consolidar el sistema democrático (particularmente en su antigua área de influencia: América Central), avanzar en el proceso de integración económica en América del Norte, facilitar e impulsar el proceso de paz en Medio Oriente (trabajando en forma concomitante con los países árabes afectos), interactuar con los restantes miembros del grupo de los 7 para fomentar el crecimiento del producto o riqueza mundial, reformular la relación estrecha con Japón con una óptica estratégica de orientación a la comunidad del Asia-Pacífico practicar una política de preservación del medio ambiente, limitar la utilización de armas de destrucción masiva, restringir la existencia de arsenales nucleares, y enfocar la atención a la situación internacional en lugares puntuales como en Bosnia y en Somalia por ejemplo.

La expansión norteamericana por sí misma no resuelve la aspiración de una hegemonía estadounidense en el actual proceso de mundialización, y la reacción “selectiva” ante los eventos internacionales pareciera ser condición inherente de la política exterior americana de la década del

noventa (por una mayor priorización de la variable interna). Ha desaparecido el alineamiento y la relación directa entre la política doméstica y la acción externa. Se intenta convencer a la población sobre las ventajas de interesarse por problemáticas como la degradación ambiental, las disputas étnicas regionales, el peligro o la amenaza del terrorismo, y la acción humanitaria.

Se planteó que la libertad no es ya una cuestión ideológica (como lo era en plena guerra fría) sino una cuestión práctica o pragmática, siendo la democracia (canalizador de las libertades individuales y la economía de mercado) la herramienta más eficiente para organizar la vida de la sociedad civil. Esta pensamiento se profundiza con la idea de que la democracia por sí misma es garante del concepto de justicia, pero se ve imposibilitada de satisfacer las necesidades materiales individuales y de expandir la riqueza.

No obstante, la esencia de la política exterior norteamericana es consciente de que el sistema democrático y las economías de mercado no prevalecen en todo el mundo (sobre todo en lugares definidos de Asia, África, y Medio Oriente catalogados como Estados hostiles) pero sin resignar no obstante, el concepto de universalidad de la libertad.

La expansión económica y la dinámica sociedad multiétnica, son características notorias del actual contexto internacional.

La concepción errónea de la política externa de EEUU es creer que la extensión de la democracia y de la economía de mercado en el mapa mundial tenderá a construir un mundo más pacífico y humano, disminuyendo los riesgos para EEUU y aumentando consecuentemente la sensación de seguridad interna. Por el contrario y afortunadamente, se ha desterrado por completo la tendencia de recurrir a la expansión de la institucionalidad democrática estadounidense a través de medios como la fuerza, la subversión, la represión y la desestabilización. La intención es coordinar y conjugar el tradicional interés nacional geoestratégico con las virtudes de la democracia y el libre mercado, pero sin limitar recursos afectados a la seguridad nacional (los recursos financieros, diplomáticos y militares o de defensa).

Otra cuestión, es propugnar actualizar el rol de la OTAN, en función de la aspiración a una seguridad de tono colectiva.

También se recalca la necesidad de conservar una infraestructura militar para hacer frente a agresiones o reacciones de regímenes que actúan unilateralmente y por fuera de los cánones del sistema-mundo.

EEUU a diferencia de los países europeos, ha permitido circunstancialmente que el internacionalismo sobrepase sus intereses nacionales.

En cuanto a la difusión de la democracia, Irwing Kristol especifica en su trabajo sobre “La definición de nuestro interés nacional” que: “ninguna de las democracias europeas piensa que afianzar la democracia alrededor del mundo sea un aspecto importante de su política. Ninguna de estas democracias se considera a sí misma una ciudad en la colina como nos consideramos nosotros, con una misión político-moral especial en el mundo como habitualmente pensamos nosotros” (refiriéndose a EEUU).

La posibilidad de aunar el moralismo y el nacionalismo norteamericanos, constituyó un desafío para la concepción “idealista” de la política exterior que siempre careció de viabilidad práctica (aunque en reiteradas oportunidades la política externa americana contradijera los preceptos del idealismo wilsoniano, como en el caso de la posición acerca de la autodeterminación de los pueblos).

El mito de EEUU de considerar que la asistencia económica y financiera a los países periféricos consolidaría la democracia en esas naciones, fue una equivocación “estratégica” de los tomadores de decisiones en materia internacional.

Lo que es evidente es el florecimiento de la actitud “aislacionista” de la política exterior norteamericana de posguerra fría (motivada por la intención de reducir los costos del intervencionismo de décadas pasadas). Aunque también es cierto que constituye una carga difícil de sobrellevar, el hecho de que EEUU desarrolló un papel protagónico durante más de cincuenta años,

por lo que la participación gradual y selectiva en los asuntos internacionales parece una utopía desde la ideosincracia de una superpotencia hegemónica con vocación imperial.

Por otra parte, gana adeptos en la actualidad la idea de edificar sobre la base del interés nacional norteamericano (concepción realista) la política exterior (ante la carencia de vigencia práctica del internacionalismo liberal y del aislacionismo). Este interés nacional implica evitar que surja alguna superpotencia confrontante y hostil a la difusión en el mundo de los tradicionales valores americanos.

Algunos sostienen que ni la Casa Blanca, ni las burocracias individual y colectiva, y mucho menos el Congreso norteamericano, estaban preparados para asumir el contexto de una Europa poscomunista y de un mundo postsoviético (ni siquiera la sociedad norteamericana estaba en condiciones de adaptarse a los cambios del contexto internacional de posguerra fría). De hecho es insignificante el cambio experimentado en la política exterior norteamericana entre el período 1989-1996.

A pesar de la discusión entre liberales y conservadores acerca de la interpretación de las consecuencias del colapso de la URSS, un común denominador para estas dos posturas es la necesidad de una reformulación estructural de la política exterior americana en función de las demandas del nuevo panorama mundial.

El problema norteamericano es que gran parte de la estructura burocrática hacedora de la política exterior fue construida durante el período posterior a la segunda guerra mundial (inicio de la guerra fría), y por ello, la adaptabilidad de estos cuadros a la nueva situación internacional se torna más lenta (debido a la alta resistencia al cambio). Los decisores en materia de relaciones internacionales fueron formados en plena bipolaridad rígida y en vigencia concreta de la doctrina de la contención. Consecuentemente, es complejo concientizar a estos burócratas de las relaciones internacionales acerca del cambio estructural de la agenda global o internacional, sustituyendo el tema prioritario de la guerra fría por los objetivos de expansión democrática, fomento del comercio, acción humanitaria y preservación ambiental. La cuestión era reinsertar en la sociedad civil y con fines productivos, la mano de obra “desocupada” luego de los finales de la guerra fría (tales los casos de los integrantes de la CIA y la Corporación militar).

Tal como lo define Juan Gabriel Tokatlian en su trabajo sobre “Pos guerra fría y política exterior”: “un elemento novedoso de la posguerra fría lo constituye la necesidad de una gradual reconceptualización de la política mundial desde un enfoque del entorno global más transparente y menos hostil”.

El fin de la confrontación este-oeste no desembocó en un nuevo orden internacional materializado y consolidado. El equilibrio y la estabilidad tampoco fueron atributos preponderantes del contexto de posguerra fría, pero sí el caos, el desorden y la inestabilidad internacional (ya sea en los países centrales como en los periféricos).

En comparecencia a este análisis, Tokatlian resalta con respecto a EEUU: “parece prudente no confundir voluntad con capacidad, vocación con oportunidad, deseo con potencialidad y opciones externas con realidades internas. La diferencia y la distancia entre lo que Estados Unidos quiere y puede, entre lo que necesita y hace, podrían ser mayores a lo que se especula y exalta como monopolio irrestricto estadounidense en el concierto mundial”. Consecuentemente, se infiere que la interdependencia y la correlación tienden a restringir la autonomía, justificando la dificultad de EEUU para imponer una impronta hegemónica solitaria, y para fijar los condicionamientos de una estructura global que le sea afecta o favorable.

En los últimos años, la controversia entre los internacionalistas liberales (que propugnan una mayor participación externa no selectiva en razón de los conceptos de democracia, paz y derechos humanos, y los neo-aislacionistas (que centran su atención en la problemática económica interna), ha vuelto a renacer como el “Ave Fénix” con un ligero predominio de la última tesitura (en una situación equiparable al contexto de posguerra de Vietnam).

Lo que está claro es que se está demasiado lejos de definir un nuevo orden mundial como Bush lo había diagramado durante la guerra del Golfo (en perfecto correlato con la teoría tradicional

del idealismo liberal norteamericano). Como lo expresara Bill Clinton en un comunicado efectuado a la Asamblea General en septiembre de 1993: “dolorosamente, hemos aprendido que el fin de la guerra fría no nos llevaba a un milenio de paz”. Complementariamente a esto, Madeleine Albright en un discurso pronunciado en el Colegio Nacional de Guerra en la Universidad de Defensa Nacional en Washington en la misma fecha, esbozó: “el mundo era un tablero de ajedrez y las dos superpotencias movían las piezas. Pero ahora nuestro rival en el juego de ajedrez abandonó la mesa. El juego ha cambiado y las reglas del nuevo juego están aún siendo escritas”.

A más de diez años de la caída del muro, tenemos la superpotencia estadounidense desde el orden militar y tecnológico. Por otra parte, tenemos la capacidad tecnológica de China e India. Pero el rol de EEUU como policía mundial, no es discutido. Los norteamericanos sin embargo, se foguearon en la persecución del enemigo clásico (que ya no lo tiene). Por otra parte, Europa tiene serios problemas para combinar las distintas fuerzas nacionales (en Europa en sí existe una verdadera multipolaridad en términos económicos y comerciales, pero presenta incoherencias en el plano político-militar).

La rapidez en la salida de la guerra fría, logró que el mundo se haya fragmentado, habiendo presiones ambientales y demográficas que erosionan a las sociedades débiles. A pesar de la globalización imperante, hay fuertes reacciones culturales contra la competitividad y la estandarización cultural, que aspiran a una conservación identitaria.

El proceso de globalización económica y financiera actual, y la desaparición (con la caída de la URSS) de los dos bloques geopolíticos rivales que se repartían el mundo, plantean nuevas reglas de juego en el “mapa mundial”.

Se debe reconocer la existencia de fenómenos identitarios (políticos, religiosos, étnicos o culturales) que proceden del fondo de la historia, y que en pos de la defensa de derechos postergados, han desestructurado o desestabilizado Estados nacionales constituídos y su legitimidad democrática. Además, estos fenómenos constituyen el polo opuesto o contracara de la presunta unificación del orden económico y político mundial. El mundo de hoy muestra un entorno muy diferente al existente cuando se conformaron los Estados nacionales, ya que existe una recomposición de espacios geopolíticos por medio de la cual cada región, país o comunidad trata de adaptarse a los efectos expansivos de la sociedad globalizada.

A pesar de que existe en la actualidad una sola superpotencia, no implica que el mundo sea unipolar.

Un sistema unipolar tiene una única y exclusiva superpotencia, potencias de segundo grado, y muchas potencias menores. La superpotencia hegemónica (en este modelo) podría resolver por sí sola el curso de las cuestiones internacionales, y la suma efectiva del resto de los Estados no podría impedirlo o contrarrestarlo.

Un sistema multipolar en cambio, abarca varias potencias principales de poderío análogo o simétrico, compitiendo entre ellas teniendo en cuenta patrones variables, y cooperando cuando se considera indispensable.

El contexto actual obedece al de un sistema “unimultipolar” con una superpotencia y varias potencias principales. No obstante esto, EEUU tiene predominio en casi todos los esquemas de poder (sobre todo en la esfera estratégico-militar) para encauzar y promover sus intereses nacionales en toda la esfera mundial.

La actualidad no cumple con las características de un puro modelo de sistema unipolar, ya que sí existen potencias primarias que desafían o intentan desafiar el poder de EEUU.

EEUU preferiría un sistema unipolar con poder hegemónico y extremadamente exclusivo; y las potencias principales (bloque europeo, China, Japón, India, etc.) desearían en cambio el modelo multipolar, donde puedan conseguir sus intereses en forma unilateral y colectivamente sin las restricciones de una superpotencia como EEUU.

Pero sin embargo, el sistema unimultipolar es el que mejor describe el modelo mundial actual. El tema es dilucidar si EEUU será la primera, única y última superpotencia hegemónica

mundial, que haga girar el modelo mundial hacia una multipolaridad bien marcada en el transcurso del siglo XXI.

EEUU actuó en la práctica con la conciencia de un unipolarismo empapado de intereses corporativos, coacción a países periféricos, presiones e influencias definitivas sobre la ONU (aunque la coyuntura unipolar en la que EEUU logró imponer su voluntad sobre los demás, sólo fue ejercido temporalmente en el período final de la guerra fría, aunque en la actualidad puede ser considerado como una falacia). Además la misma población norteamericana, no está dispuesta a soportar los costos y riesgos de un liderazgo global unilateral (que sólo le puede proporcionar beneficios limitados).

EEUU parece estar convirtiéndose en una superpotencia aislada, no acompañada mayormente por la Comunidad Internacional en sus “caprichos” internacionales (como el pretendido alineamiento automático e incondicional de los países europeos detrás de la “cruzada” de invasión a Afganistán), y desarrollando una política de unilateralismo global. Sin embargo, el poder norteamericano es revalorado en forma positiva por Estados regionales secundarios, que ven al poder de EEUU como una restricción o limitante al predominio de otras potencias regionales.

La política exterior norteamericana debe tender a propiciar el cambio de direccionamiento de una actitud de contención, a una tendencia de extensión y de expansión de la democracia y del mercado. El objeto de la acción externa debe procurar adaptarse al orden mundial emergente, alineando tras de ella al grueso de la sociedad americana. Quien ilustra esta cuestión con claridad es el Jefe del Consejo de Seguridad Nacional Anthony Lake quien en un discurso emitido en la Universidad John Hopkins en septiembre de 1993 declaró: “a lo largo de la guerra fría, contuvimos una amenaza global a las democracias de mercado; ahora deberíamos procurar extender su alcance, particularmente en sitios de especial significación para nosotros. La sucesora de una doctrina de contención debe ser una estrategia de enlargement, extensión de la comunidad libre a las democracias de mercado”.

La actualizada y “aggiornada” estrategia de extensión debe comprender dos factores como el activismo y el pragmatismo. La teoría pasiva y defensiva de la contención requiere ser sustituida por una estrategia de reacción activa y ofensiva para expandir los límites de la democracia y los mercados. La cuestión es congeniar las bondades de la democracia y de la economía de mercado con los intereses nacionales de carácter geoestratégico. Los intereses económicos, la seguridad nacional de largo plazo y la proliferación de los regímenes democráticos por todo el mundo (para propiciar una mayor seguridad norteamericana) son elementos basamentales de la idea de la “nueva extensión” (que descarta la exclusividad del plano ideológico predominante en la guerra fría).

Por otra parte, el activismo y el pragmatismo publicitados, coinciden con la sensación de que los intereses norteamericanos se podrían ver influenciados y lesionados si el país del norte se vuelca sobre una actitud aislacionista, si no se atenúan las amenazas externas, y si no se aprovechan las potenciales oportunidades (de algún modo más amplias y relevantes que las existentes en el marco de la guerra fría). Pero esta extensión no se traduce en una transferencia literal de los valores y modos de vida norteamericanos, como en otras épocas.

Sin embargo, los que formulan la política exterior americana, divisan una serie prioritaria de amenazas: proliferación de armas de destrucción masiva no convencionales, terrorismo internacional, disputas raciales, étnicas, regionales y religiosas, degradación ambiental y aumento de la pobreza (temas instalados en la agenda global de posguerra fría).

Quiero citar lo referido por el secretario de Estado Warren Christopher: “déjenme ser claro: el multilateralismo es un medio no un fin. Es una de las muchas herramientas de política exterior que está a nuestra disposición y está garantizada sólo cuando sirve a los propósitos centrales de la política exterior norteamericana: proteger los intereses de Estados Unidos”.

En correspondencia a la teoría de la extensión, David Held en su libro “La democracia y el orden global” expone: “en una época caracterizada por la diversidad de factores determinantes de la distribución del poder y la multiplicidad de centros de poder y sistemas de autoridad dentro y a través de las fronteras, es preciso renovar las bases de la política y la teoría democráticas”. Se intenta

tipificar a la democracia como una estructura transnacional y de acción política. Por otra parte, David Held menciona que: “existe sólo un mecanismo lo suficientemente sensible para determinar la acción colectiva sobre una base individual: el mercado libre. Ningún sistema puede ofrecer un mecanismo de elección colectiva tan dinámico, innovativo y sensible como las operaciones del mercado libre”. La pauta anteriormente descrita fundamenta uno de los polos de la política de extensión.

Los avances del transnacionalismo han implicado aceptar que el poder no se limita sólo al “poder estatal”, siendo proporcional a condiciones globales, sociales, sectoriales (ya que el Estado no se constituye en la actualidad como el sujeto único de las relaciones internacionales). Existen otras fuentes de poder como empresas, sociedad civil, organizaciones no gubernamentales; en definitiva, una multiplicidad de actores y emanadores de poder. A su vez las variadas fuentes de poder, generan relaciones asimétricas y desproporcionadas entre los actores internacionales (derivando consecuentemente en un marco de interdependencia).

La lógica transnacional también presupone el concepto de relaciones internacionales como abarcativo de una estructura de relaciones o vinculaciones de cuestiones, y con una agenda horizontal y no vertical (no jerarquizada). El sistema mundial se encuentra estratificado por las condiciones de la economía mundo.

También es punto de discusión internacional, la implicancia de un equilibrio del poder, ya que un “imperio mundial” no es concebible en razón de la estructura actual de la economía mundial.

Sin embargo, el proceso de transnacionalización se vio restringido por las siguientes limitantes: el Estado sigue siendo el actor exclusivo (no único) del sistema internacional; existió la necesidad manifiesta de que ciertos Estados europeos reconstruyeran su economía; la aparición de políticas desarrollistas en los países del tercer mundo; y la existencia de dos potencias hegemónicas en el contexto internacional (hasta avanzada la década del ochenta).

Es así como la política exterior norteamericana (adapta a los preceptos del realismo tradicional) se vio en dificultades para adaptarse a las características del proceso de mundialización y de transnacionalismo (que incorpora a actores estatales y hasta los “atravesa” en algunas oportunidades). Los procesos son más abiertos (y no cautivos de la dimensión estratégico-militar como en la época de predominio del realismo), y se divisa un paradigma de conflicto-cooperación (existiendo regímenes internacionales por áreas temáticas). No sólo son preponderantes las relaciones interestatales, sino también las intersociales (que se caracterizan por ser complejas y de orden económicas, sociales y culturales).

Para algunos pensadores, la sociedad civil (actor no estatal) comprende al “individuo global” o “ciudadano mundial”.

La mundialización se aproxima más a los preceptos del estructuralismo (en lo que se refiere al sistema mundo). El sistema interestatal cede al sistema mundial y se abren niveles y estratos de decisiones (concepto operacional). Existen más niveles verticales en el campo financiero, y mayores niveles horizontales en la esfera comercial (dentro del capitalismo transnacional).

No obstante, la interdependencia legitima la asimetría entre los actores internacionales (crítica formulada al transnacionalismo).

Con una tendencia actual hacia la globalización o mundialización, con una concepción instalada acerca de la desaparición del “Estado territorial” (asimilable a un Estado racional y unificado) en favor de un “Estado comercialista” (visión liberal de las relaciones internacionales) y de un “Estado virtual”, y con un espacio en común entre lo interno y lo externo donde converge la lógica transnacional, los viejos modelos realistas parecen inviables o impracticables.

Todo este análisis puede configurarse y aplicarse al contexto internacional anterior a los sucesos terroristas del 11 de Setiembre.

La escalada terrorista en EEUU no hizo otra cosa que hacer resurgir y llevar hasta la “superficie” una cuestión característica del tradicional pragmatismo realista: el tema de la seguridad, reorientando la prevalencia de la variable económica en los noventa hacia un predominio de la dimensión estratégico-militar y de defensa en el centro de la discusión mundial actual.

El interrogante es descifrar, si la política exterior norteamericana (marcada por antecedentes realistas tan fuertes), conducirá su acción externa en correlato a ciertas concepciones del realismo clásico: instalación del “paradigma de guerra y paz”, aplicación del concepto de equilibrio de poder, la tipificación del interés nacional como la esencia de la política y la desigualdad, la negación de las aspiraciones morales, la consideración del poder, la paz y la estabilidad como componentes amortiguadores del equilibrio, y fundamentalmente, la tipificación de la variable estratégico-militar y de defensa como cuestión prioritaria de las relaciones internacionales.

Las transformaciones orientadas a instaurar un nuevo orden mundial luego del colapso de la Unión Soviética, era la cuestión determinante del contexto de posguerra fría. Pero los nuevos valores en que se intentó edificar el nuevo orden mundial, nunca se consolidaron y reafirmaron en la década del noventa: la no proliferación de armas de destrucción en masa, la economía de mercado, la vigencia de la democracia, y la preservación del medio ambiente, enfrentan obstáculos y no son respetados en general por los actores de la vida internacional (ya sean Estados, grupos económicos, entes y organismos no gubernamentales de objetivos políticos, raciales, confesionales, etc.).

Este conjunto de hechos son los que han configurado una situación internacional nueva, en la que resaltan las dificultades de homogeneizar o uniformar el mundo que es diverso y plural. Sin embargo, en un mundo plural el concepto que corresponde aplicar no es tanto el de globalización, sino el de interdependencia.

A diez años de la caída del muro, tenemos la superpotencia estadounidense desde el orden militar y tecnológico. Pero el rol de EEUU como policía mundial, no es discutido. Los norteamericanos sin embargo, se foguearon en la persecución del enemigo clásico (que ya no lo tiene). Por otra parte, Europa tiene serios problemas para combinar las distintas fuerzas nacionales (en Europa en sí existe una verdadera multipolaridad en términos económicos y comerciales, pero presenta incoherencias en el plano político-militar).

La rapidez en la salida de la guerra fría, logró que el mundo se haya fragmentado, habiendo presiones ambientales y demográficas que erosionan a las sociedades débiles. A pesar de la globalización imperante, hay fuertes reacciones culturales contra la competitividad y la estandarización cultural, que aspiran a una conservación identitaria.

El proceso de globalización económica y financiera actual, y la desaparición (con la caída de la URSS) de los dos bloques geopolíticos rivales que se repartían el mundo, plantean nuevas reglas de juego en el “mapa mundial”.

Se debe reconocer la existencia de fenómenos identitarios (políticos, religiosos, étnicos o culturales) que proceden del fondo de la historia, y que en pos de la defensa de derechos postergados, han desestructurado o desestabilizado Estados nacionales constituídos y su legitimidad democrática. Además estos fenómenos constituyen el polo opuesto o contracara de la presunta unificación del orden económico y político mundial. El mundo de hoy muestra un entorno muy diferente al existente cuando se conformaron los Estados nacionales, ya que existe una recomposición de espacios geopolíticos por medio de la cual cada región, país o comunidad trata de adaptarse a los efectos expansivos de la sociedad globalizada.

No obstante estos indicios, para los países más ricos se aceleran los procesos de integración económica, y de la constitución de un orden militar mundial a través de la OTAN, el Consejo de Seguridad, o comunidades regionales de defensa. Para el resto del mundo, aunque también hay proyectos de integración regional, también existen comunidades nacionales con el objetivo de forjar su identidad, además de los conflictos interculturales, y las tendencias a la autodeterminación y libertad (como los casos de Irlanda, País vasco, Cataluña, Palestina, Chechenia, etc.). Todo esto no cuestiona la vigencia de los Estados nacionales, pero se inserta decididamente en el marco de la regionalización y la mundialización.

En este mundo multipolar que se divisa, la clave o respuesta no son las armas convencionales, sino la habilidad para colocar “Inversiones” (una masa de dinero que no se capitaliza).

Existe una suerte de “Estado Mundial”, en el que en lo económico sus órganos ejecutivos son el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial; en lo militar, la OTAN; en lo político, los miembros con derecho a veto del Consejo de Seguridad de la ONU (China, EEUU, Francia, Gran Bretaña y Rusia) y el Grupo de los siete. Este Estado Global no tiene legitimidad democrática ni control jurídico, pero existe de hecho. Los medios de comunicación transnacionales actúan de contrapoder. Frente al colapso del mundo socialista, la única entidad capaz de llenar el vacío es la empresa transnacional.

Se instaló una especie de lucha de clases global, donde las clases sociales del “Imperio” (donde todos estamos incluidos) son los Estados nacionales de primero, segundo o tercer orden. Este “Imperio” es un aparato de gobierno descentralizado y sin territorialidad, que abarca organismos supranacionales, y que carece de fronteras espaciales y temporales.

Ni los Estados Unidos ni ningún otro Estado nacional, pueden constituir ahora el centro de un proyecto imperialista por sí mismos (a través de la expansión del Estado-nación), ni digitar a voluntad un orden mundial “a medida”.

El orden mundial de este “Imperio” se expresa como una formación jurídica, desde el rol internacional de las Naciones Unidas hasta las organizaciones globales de hoy. Pero como en todo Imperio, existe también la opresión, además de la exigencia de la ciudadanía global, la falacia del libre acceso al conocimiento y de circulación irrestricta de personas.

A pesar de que existe en la actualidad una sola superpotencia, no implica que el mundo sea unipolar.

Un sistema unipolar tiene una única y exclusiva superpotencia, potencias de segundo grado, y muchas potencias menores. La superpotencia hegemónica (en este modelo) podría resolver por sí sola el curso de las cuestiones internacionales, y la suma efectiva del resto de los Estados no podría impedirlo o contrarrestarlo.

Un sistema multipolar en cambio, abarca varias potencias principales de poderío análogo o simétrico, compitiendo entre ellas teniendo en cuenta patrones variables, y cooperando cuando se considera indispensable.

El contexto actual obedece al de un sistema “unimultipolar” con una superpotencia y varias potencias principales. No obstante esto, EEUU tiene predominio en todos los esquemas de poder (económico, militar, diplomático, ideológico, tecnológico y cultural) para encauzar y promover sus intereses nacionales en toda la esfera mundial.

La actualidad no cumple con las características de un puro modelo de sistema unipolar, ya que sí existen potencias primarias que desafían o intentan desafiar el poder de EEUU.

EEUU preferiría un sistema unipolar con poder hegemónico y extremadamente exclusivo; y las potencias principales (bloque europeo, China, Japón, India, etc.) desearían en cambio el modelo multipolar, donde puedan conseguir sus intereses en forma unilateral y colectivamente sin las restricciones de una superpotencia como EEUU.

Pero sin embargo, el sistema “unimultipolar” es el que mejor describe el modelo mundial actual.

EEUU actúa en la práctica con la conciencia de un unipolarismo empapado de intereses corporativos, coacción a países periféricos, presiones e influencias definitorias sobre la ONU (aunque la coyuntura unipolar en la que EEUU logró imponer su voluntad sobre los demás, sólo fue ejercida temporalmente en el período final de la guerra fría, aunque en la actualidad puede ser considerado como una falacia). Además la misma población norteamericana, no está dispuesta a soportar los costos y riesgos de un liderazgo global unilateral (que sólo le puede proporcionar beneficios limitados).

EEUU parece estar convirtiéndose en una superpotencia aislada, no acompañada mayormente por la Comunidad internacional en sus “caprichos” internacionales, y desarrollando una política de unilateralismo global. Sin embargo, el poder norteamericano es revalorado en forma positiva por Estados regionales secundarios, que ven al poder de EEUU como una restricción o limitante al predominio de otras potencias regionales.

La mayoría de los países están a favor de una concreta multipolaridad, y ven a EEUU como una amenaza a sus intereses.

A lo largo de la historia, las potencias principales han tendido a neutralizar y equilibrar los intentos de dominación por parte de la Nación más poderosa o fuerte de ellas.

A pesar de esta tendencia mundial antihegemónica, existen potencias regionales que quieren congraciarse con EEUU para sacar provecho de ello (como Israel y Arabia Saudita, por ejemplo).

EEUU debería dejar de actuar como hegemón de contexto unipolar, si no quiere terminar como un gendarme solitario y aislado.

Lo que juega a favor de EEUU todavía, es que la política global actual es “multicivilizacional”, con países como Francia, Rusia y China que pueden tener en el futuro intereses comunes, pero no congruencia y homogeneidad cultural necesarias para desafiar y poner en peligro la hegemonía de EEUU (ya que la cooperación es más probable entre países con características culturales comunes).

EEUU pugna por una “americanización” del mundo, y el resto de las potencias bregan por un proceso de “mundialización” de EEUU, desconociéndose todavía el resultado de tal puja.

Con un contexto de multipolaridad, se debe analizar también la posibilidad efectiva de la gobernabilidad global: la única forma que un gobierno mundial (que reproduciría a nivel global la autoridad de un gobierno nacional) sea factible y pueda existir, es a través de un sistema dominado exclusivamente por único Estado (un “imperio” mundial). Si se tiene en cuenta que la unipolaridad va perdiendo vigencia y sentido en el contexto mundial (a pesar de los sucesos del 11 de Septiembre), la posibilidad de la gobernabilidad global y supranacional también adolece de sustento concreto. Pues, se plantea como viable la contingencia de que globalización y gobernabilidad terminen siendo conceptos contradictorios. La demanda y los intereses nacionales de los Estados como unidad siguen siendo muy fuertes, y esta circunstancia limita la gobernabilidad global.

En estos momentos sólo puede hablarse de un desorden global, debido a la incapacidad de las grandes potencias y de la ONU para manejarlo. El concepto de Estado-nación sigue teniendo plena vigencia, y no fue herido de muerte por el ataque de la globalización.

La interdependencia y el multilateralismo siguen operando en la escena internacional, y va a ser difícil alejarse de ellos.

Los movimientos migratorios constituyen una preocupación muy evidente en los países desarrollados o centrales, y por eso debe ser tomada con cuidado la posibilidad de una ética cívica global y de una humanidad común (una mayor integración y una cercanía a una cultura compartida de valores y aspiraciones, que sin embargo no alcanza para inferir que el mundo pueda lograr tal estadio de humanidad global).

Sin embargo, la promoción de la gobernabilidad y la conservación de la paz, parecen ser intereses comunes de la Comunidad internacional. Lo que sí es cierto y valedero, es que el Estado sigue siendo la institución política esencial de nuestro tiempo.

Si bien existe un rol limitado de EEUU como superpotencia hegemónica, es menester reconocer la dominación intelectual que este país ha ejercido sobre el resto del mundo (que implicó un dominio militar, económico, tecnológico, mediático, cultural y social). Si bien EEUU bregó para que el mundo se “americanice”, tuvo grandes dificultades en la última década para imponer sus valores, ya que sus adversarios se rebelaron contra tal situación de predominio unipolar (no pudiéndose establecer un consenso coordinado de las políticas exteriores de los países centrales o bloques de poder).

Sólo hubo en el mundo un contexto unipolar y un desequilibrio provisorio inmediatamente luego de la caída de la Unión Soviética, donde EEUU pudo sacar una luz de ventaja a sus competidores u oponentes, ya que luego de desaparecer uno de los polos de poder que sustentaban la bipolaridad debía esto desembocar en el remanente de un único centro de poder ante la ausencia explícita del contrapolo.

Pero con la situación internacional más consolidada, el mundo tiende a una multipolaridad.

Con la americanización del mundo, los EEUU buscaron una mera extensión de su política interior en el contexto internacional (en pos de su interés nacional), tratando de reemplazar la política exterior por una simple política de mantenimiento del orden.

La mundialización será legítima sólo cuando imponga al orden jurídico americano un orden superior (sin embargo existe la hipocresía de algunos países que ven a los EEUU todavía, como movilizador para resolver sus conflictos o satisfacer sus provechos).

No obstante esto, en la década del noventa la lucha de los EEUU ha mutado de ser política, a ser referente y alineada a una economía virtual.

Entonces, la mundialización no es otra cosa que la posibilidad del resto de la humanidad de hacer permanecer en expansión continua a sus individuos libres (y no el concepto optimista de mundialización, elaborado por los EEUU para introducir sus productos o penetrar mercados).

Sin embargo, pueden precisarse interrogantes acerca de la supremacía pasajera de los EEUU, ya que si bien la sociedad estadounidense no estaría dispuesta a afrontar costos extremos, las ideas dominantes de una sociedad son las ideas de la clase dominante, y ellas son las ideas de esa dominación. Además la población norteamericana, no encuentra contradicciones entre su patriotismo, su nacionalismo y la mundialización, lo que otorga a EEUU una ventaja comparativa decisiva en este proceso.

Esto es así, debido a que la mundialización es un choque violento para todas las sociedades humanas donde la memoria se ha convertido en un elemento esencial de la identidad y de la cohesión social.

No obstante la permeabilidad de las fronteras y el interés nacional norteamericano, en el nuevo contexto mundial se divisa una política exterior americana fragmentada, consistente en aliarse con Europa en referencia al apoyo al proceso de mundialización.

El “Imperio” americano o estadounidense aspira a transformar el mundo a su propia imagen y semejanza (con ciertas similitudes con la Francia revolucionaria y la URSS en su momento); esta aspiración se sobrepone con la dominación político-militar mundial. A pesar de la lógica económica transnacional, la tentación por el control es también política. EEUU tiene antecedentes de intervenciones militares en otras partes del mundo, con lo que dudo que deje de lado y descarte de plano un proyecto unipolar expansionista o imperialista. Su política exterior ha sido meramente intervencionista (contando con Estados pivots o satélites), a diferencia de la política de equilibrio de poder llevada a cabo por Gran Bretaña como potencia hegemónica en el siglo XIX.

La amenaza soviética en plena guerra fría, determinaba que los EEUU sean indispensables para el resto del mundo, para hacer que su poder nacional pueda ser usado para obligar a otros Estados a que apoyen y justifiquen las políticas estadounidenses. Esto fue justificado y enfundado en el peligro o amenaza soviética; el contexto actual es muy distinto, pero la presión (sobre todo económica) sigue siendo atributo de la política exterior norteamericana, al igual que las intervenciones posguerra fría (que obedece a sostener un conflicto de baja intensidad a través de intervenciones directas, y armadas, si son necesarias).

Al no tener EEUU un enemigo mortal o adversario directo desde la caída de la URSS, está buscando un enemigo directo focalizando esos roles en China, Corea del Norte, Irak o hasta en el terrorismo transnacional en su defecto.

Hay naciones que vienen increyendo y ponen en duda una expansión de la hegemonía por parte de EEUU. Ante esta resistencia internacional, habría que hacer un análisis del esquema de costo-beneficio para evaluar el impacto que produciría en EEUU una extensión y consolidación de la hegemonía.

La multipolaridad sobreviniente es una definición de la distribución del poder en el mundo, pero no define la calidad de las relaciones internacionales.

EEUU debería seducir a los otros centros del poder político, económico y militar, sugiriendo nociones constructivas a cerca de cómo debería organizarse y operar la sociedad internacional. Debería fomentar una multipolaridad caracterizada por la cooperación, y evitar la competición y el conflicto de un paradigma teórico de unipolarismo que pierde vigencia práctica.

El área política y estratégico-militar está yendo a ser caracterizada por una gran anarquía y desacuerdo, en cuanto al consenso de los países centrales.

El clima de posguerra fría se edificó sobre las siguientes premisas: el uso limitado de la fuerza militar para la resolución de los conflictos entre los Estados, la reducción del número de armas de destrucción masiva, y la limitación del número de Estados y otros actores no estatales que poseen armas, además de la aceptación del acotamiento de la doctrina de intervención humanitaria; todo esto en vistas de lograr un mundo relativamente pacífico, próspero y justo.

No obstante, la dificultad es establecer por consenso o acuerdo cuándo el uso de la fuerza es legitimado.

Para algunos, EEUU debería asumir un rol análogo al de Gran Bretaña en el siglo XIX, tendiendo a una política de equilibrio de poder, mientras la coerción y el uso de la fuerza deben ser una opción secundaria a tomar. Una política basada en relaciones pacíficas, no proliferación de armas, respeto por los derechos humanos, y apertura económica, construiría un orden más durable que proteja los intereses estadounidenses y economice o baje los costos de la política exterior norteamericana en términos humanos y financieros.

El multilateralismo (y no el “unilateralismo global” propugnado luego del 11 de Setiembre) es el mejor camino para proteger los intereses estadounidenses. Si EEUU opera con unilateralismo, poco puede hacer para promover un orden internacional (ni siquiera colaborar con su edificación). Este multilateralismo va a tender a reducir la oposición a las acciones norteamericanas, y a incrementar las posibilidades de una política exterior afortunada.

Si bien se ha planteado un “combate” entre el Bien (la libertad cuya defensa mundial se arroga EEUU) y el Mal (una escoria que debe extirparse y que representa Osama Bin Laden), existen y existieron indicios que apuntan a un escenario recostado en una disputa por un factor económico-estratégico como el petróleo del Mar Caspio (impronta análoga a la instalada con el inminente conflicto militar con Irak).

El ataque del 11 de Setiembre fue perpetrado mediante mecanismos no tan costosos, por lo que se estima la posibilidad que en el futuro se efectúen atentados mucho más económicos pero altamente letales a la vez (a través de armas no convencionales químicas y bacteriológicas). Esta alta proliferación y facilidad de acceso o disponibilidad a estas armas no tradicionales, torna incontrollable e imprevisible todo intento de anticipación y prevención (ya que no existe racionalidad estatal en estas nuevas amenazas).

Desde la perspectiva realista, una nación define sus intereses en términos de poder. Estos intereses dominantes no han cambiado para EEUU, pero el poder ha sido desafiado de un modo tal que han tornado inútiles e infructuosos muchas de las herramientas clásicas para garantizar y cumplimentar tales objetivos hegemónicos.

La administración republicana sigue discutiendo (en sintonía con las fracturas internas presentes en los estamentos formuladores de la acción externa estadounidense) si la agresión terrorista merece una respuesta de naturaleza similar o análoga, u otra que comprenda componentes bélicos ocasionales con la esencia de un esfuerzo de orden policial (al estilo de un “gendarme”) y de alcance global.

Muchos pensaron que con el fin de la guerra fría y el colapso de la URSS, el mundo sería menos peligroso que antes, pero los ataques contra las Torres Gemelas y el Pentágono demostraron fehacientemente lo contrario.

Si bien disminuyó la posibilidad de que se produzca un ataque nuclear, si un grupo terrorista como Al Qaeda posee un arma nuclear obtenida en el “mercado negro”, la probabilidad de que la utilice es alta ya que las “reglas” de guerra fría de disuasión nuclear y destrucción mutua asegurada ya no operan o funcionan en el contexto internacional de post-guerra fría. De ahí que la anarquía y el desorden internacional, sea tal vez hoy un “enemigo” más relevante y peligroso para los EEUU que el avance del comunismo en pleno proceso de guerra fría.

3. EL NUEVO ORDEN MUNDIAL POST 11 DE SETIEMBRE. LA PRIORIZACIÓN DE LA DIMENSIÓN ESTRATÉGICO-MILITAR EN LA AGENDA GLOBAL. LA SEGURIDAD PREVENTIVA Y EL PARADIGMA DE SEGURIDAD MONOPOLAR.

A partir del 11 de Setiembre se han ido modificando progresivamente parámetros de la política y la economía mundial considerados hasta hace poco inmutables. El panorama se divisa como sombrío y pesimista, ya que el desafío de una respuesta militar parece tan peligrosa por sus consecuencias como de dudosos resultados para el objetivo final de eliminar de raíz el flagelo del terrorismo.

Lo que ocurrió el 11 de Setiembre de 1991, fue entre otras cosas una demostración extrema de la anarquía y el desorden engendrado en el escenario internacional de post-guerra fría. Un grupo terrorista integrante de una red articulada y virtualmente invisible o innominada, golpea en el corazón de la superpotencia planetaria quebrando en minutos 200 años de invulnerabilidad norteamericana en su territorio continental (produciendo un quiebre o “punto de inflexión” en las reglas de juego de la política internacional).

En la actualidad, se divisa en la estructura de decisores de la política exterior estadounidense, un direccionamiento basamentado en la recreación y reformulación “aggiornada” del rol central y administrador de los Estados, en contraposición a la cultura del mercado, y en una priorización en la agenda externa de la dimensión estratégico-militar (factor de seguridad) en desmedro de la variable económico-financiera característica del contexto mundial de post-guerra fría.

Lo que sí está claro es el sesgo realista de la actual política externa americana, que busca satisfacer (a través de los postulados de esta teoría de las relaciones internacionales) sus intereses nacionales en correlato a la concepción del poder como tal.

El realismo político en la teoría de las Relaciones Internacionales consigna que el poder es un concepto básico o central por revestir la calidad de epistemológico. El poder puede ser racionalizado, ya que hace a la naturaleza social del ser humano.

No obstante, el realismo es un concepto asimétrico o no análogo a la noción de pragmatismo. Existe una relación de poder porque se efectúa una comparación de EEUU con otros actores internacionales, y porque el poder de la superpotencia hegemónica es el que determina el crecimiento o no de las restantes potencias o países periféricos en su defecto. El realismo (presente en la actual política exterior americana) además propugna que el único poder en el contexto mundial es el poder estatal (visión estatocéntrica que establece que el fundamento de las relaciones pasa por el accionar de otro Estado). Fronteras adentro el Estado tiene una suerte de poder coactivo, ya que responde por la nacionalidad y la gente. Los demás poderes terminan disciplinándose detrás del Estado que los aglutina (lógica del sistema interestatal).

En referencia al interés nacional estadounidense, la definición del poder se refugia en el Estado para lograr la defensa, preservación y conservación del “poder nacional”. EEUU trata de “maximizar” el interés y el poder nacional, mientras que algunas potencias regionales primarias y secundarias intentan simplemente preservar su interés nacional. Por otra parte, el interés nacional definido por un país central (potencia hegemónica) difiere del interés nacional planteado por un país periférico.

El realismo constituye la “madre” de las concepciones geopolíticas tradicionales, aunque el concepto de “Estado territorialista” (defensa de lo espacial, de la pertenencia, de la conservación del territorio y de la soberanía) sea una noción que haya quedado en desuso en el contexto de las relaciones internacionales (aunque no la definición de interés nacional que tiene plena vigencia a mi criterio).

El sesgo realista de la política exterior americana vuelve a instalar (o intenta hacerlo) el “paradigma de guerra y paz” que prevalece actualmente sobre el modelo de “cooperación y conflicto” instaurado en el contexto internacional de post-guerra fría (luego del colapso o caída de la URSS).

El mundo actual es anárquico, “avalorativo” y caótico, lo que constituye un peligro increíble (tal vez infranqueable) para las aspiraciones unilaterales y con un marcado atisbo “mono o unipolar” de la acción externa americana.

La cuestión es determinar, si se volverá a una agenda jerarquizada y vertical donde la seguridad y la problemática militar sean definidas como de “Alta política”, y donde se relegue a la dimensión económica financiera (característica de los noventa) a un segundo plano (a la categoría de “Baja política”).

Los conceptos de equilibrio de poder (canalizado a través de las asimetrías de los actores entre sí) y de interés nacional, constituyen la esencia y el basamento de la política y la desigualdad. La política exterior estadounidense debe minimizar los riesgos y maximizar los beneficios (algo que no está cumplimentando en la actualidad). La negación de las aspiraciones morales y el estado de tensión permanente complementan los postulados rectores de la política exterior americana luego de los sucesos del 11 de Setiembre. Tal como referenció Hans Morgenthau (fiel representante del Realismo): “sin poder no hay paz, y sin armas no hay estabilidad”. Los EEUU creen que por sí mismos pueden definir un orden mundial a medida, garantizando la paz y la estabilidad internacional. Sin embargo, para que exista un orden político debe haber un equilibrio de fuerzas (que en definitiva es una mera composición del poder). EEUU nunca va a resignar la posibilidad de ejercitar una política de poder.

La variable de seguridad (concepción estratégico-militar) y la dimensión político-diplomática, son características “indisimulables” de la política exterior norteamericana después de los atentados terroristas del 11 de Setiembre de 1991. Tal como exponen Keohane y Nye : “el eventual uso político de la fuerza armada para un país , y por el otro lado un drástico cambio social o política pueden determinar que la fuerza vuelva a ser un directo e importante instrumento de la política”. Sin embargo, los fundamentos actuales de la política exterior americana desconocen el concepto de calidad de poder. En correlato a esto Alvin Toffler menciona: “la mayoría de las presunciones convencionales acerca del poder, por lo menos en la cultura occidental, suponían que éste depende de la cantidad. Sin embargo, aunque es cierto que muchos de nosotros tenemos menos poder que otros, ese enfoque ignora lo que hoy día constituye el factor más importante: la calidad del poder”.

La política “realista” actual rechaza la igualdad jurídica internacional, y establece con énfasis jerarquías marcadas dentro del sistema internacional. Esta jerarquía viene dada por la relación y ponderación de capacidades estatales de poder, por la distribución de recursos en el concierto mundial (habiendo una relación directamente proporcional entre el concepto de poder y los resultados). En correlato al direccionamiento actual de la política externa americana, la interdependencia existe pero es “pura” asimetría (según los preceptos realistas en boga). Lo que prevalece es la expresión costo-beneficio (la relación de poder y resultados constituye una valoración costo-beneficio). Es por ello, que los países débiles (periféricos) se fijan como meta mínima la preservación, en contraposición a los países fuertes (potencias hegemónicas como EEUU) que aspiran como máximo al “dominio universal”.

Precisamente que esta aspiración expansionista, “imperial”, unilateral y de un marcado “unipolarismo” canalizada por la política exterior americana, no deje como meros “espectadores” a los restantes actores del contexto internacional.

La cuestión de EEUU es cómo relacionar lo deseable (un paradigma de unipolaridad), y lo posible (un modelo de multipolaridad inevitable).

La idea de integrar fuerza y diplomacia, y el argumento de la política de poder quedaron desactualizados.

EEUU debe volver a aplicar el sentido de legitimidad internacional, buscando un acuerdo internacional a cerca de la naturaleza de mecanismos practicables, y en referencia a los métodos y objetivos permisibles de la política exterior. Así es que, la condición para la existencia de un orden mundial legítimo, es la disposición de los principales actores a separar sus convicciones internas de su conducta externa. La conducta de EEUU en la escena mundial debe ser moderada, y el factor del

equilibrio de poder es un medio poderoso para obligar a los Estados a limitarse de expandir e imponer sus convicciones.

Los países centrales todavía no lograron definir, un esquema de orden mundial que fuera aceptable para ellos y que fuera viable de albergar sus asimetrías ideológicas. La capacidad de todos y cada uno de los principales poderes mundiales, de dar forma o moldear el contenido de un orden mundial, se ha visto restringida por el ascenso autónomo y turbulento de todos los otros (que involucra a actores estatales y subestatales o no estatales). EEUU por sí solo no ha logrado sobrellevar su compromiso de estabilidad a través de acciones concretas.

EEUU no es el único poder que puede explotar unilateralmente a ciertos logros o aspiraciones claves, con el objeto de lograr reglas de juego más favorables a sus intereses, y ni siquiera un poder altamente dotado como el estadounidense puede dar forma o construir por sí mismo el orden mundial.

Los centros de poder internacional utilizan o aplican cinco monopolios que articulan sus acciones con eficacia, a fin de abordar la competitividad: el de la tecnología, el de los flujos o capital financiero, el de los recursos naturales del planeta, el que opera en los campos de comunicación, y el del ámbito de las armas de destrucción masiva (éste último monopolio que estuvo limitado por la bipolaridad rígida de la posguerra, vuelve a ser el arma absoluta o “as en la manga” que se reserva la diplomacia estadounidense para su uso exclusivo). Pero esta aspiración norteamericana choca con el pensamiento de la población estadounidense en particular, la cual considera a través de una fuerte sensación que la política o variable doméstica debe colocarse en primer lugar y promover la paz interior, en desmedro de las cuestiones externas o internacionales (por lo menos hasta el evento acaecido con las Torres Gemelas).

En este mundo desordenado y descentralizado de la actualidad, la estabilidad de EEUU ya no depende del éxito o fracaso en contener al comunismo o campo socialista. Ahora EEUU debe manejar sus relaciones con Europa, Japón, Rusia y China prioritariamente, en el contexto de las relaciones internacionales.

Hace una década la principal amenaza contra los intereses estadounidenses era la URSS y la expansión del comunismo, pero actualmente el caos, la inestabilidad y el desorden interno pueden resultar una amenaza mayor o más grave para sus intereses como jamás resultó el comunismo. Las grandes corrientes migratorias (además de otras amenazas no convencionales), el colapso de las estructuras políticas, y la discontinuidad en los patrones del comercio, contribuyen al contexto de desorden referido.

Desde que la URSS desapareció como gran potencia y como proyecto país, los EEUU (según la visión de George Bush en su momento) debían ejercer el liderazgo para constituir un nuevo orden mundial, ya que el mundo reconocía un único y exclusivo poder. Es por ello, que EEUU trabajando a través de Naciones Unidas debía incentivar la justicia y el bienestar en el mundo, y mantener la paz mediante el apoyo de la seguridad colectiva. Posteriormente, con el poder norteamericano no controlable en su momento, se dudaba a cerca del comportamiento benigno y constructivo que Bush proponía (en virtud de los pasados antecedentes arbitrarios en el accionar norteamericano).

Sin embargo, la misma teoría de equilibrio del poder, consigna que un poder abrumador como el de EEUU no atrae sino más bien repele, ya que es el poder más fuerte el que amenaza los otros poderes. Es por ello, que otros Estados comenzaron a equiparse como grandes potencias, en virtud de la inquietud por la posición dominante de EEUU.

Los mundos multipolares reflejan más incertidumbres y dificultades de cálculo; éstas contingencias o aleatoriedades pueden ser reducidas por la presencia de armas nucleares, ya que con este contexto los países tendrán que preocuparse por mantener el equilibrio del poder.

Si bien las opiniones a favor de la multipolaridad son fuertes en el contexto internacional, también es cierto y es menester reconocer que hasta que emerjan otras grandes potencias, el nuevo orden mundial será uno realmente nuevo porque EEUU será la única superpotencia del sistema, originando un marcado desequilibrio del poder.

La dominación cultural ha sido una faceta infravalorada del poder global estadounidense, ya que la cultura de masas estadounidense ejerce un atractivo magnético sobre la juventud del planeta.

Un mundo sin la primacía estadounidense será un mundo con más violencia y desorden, y con menos democracia y crecimiento económico que un mundo en que los EEUU sigan teniendo más influencia que cualquier otro país en la forma que tomen o aborden los asuntos globales. El mantenimiento de la primacía internacional de los EEUU es esencial para el bienestar y la seguridad de los estadounidenses, y para el futuro de la libertad, la democracia, las economías abiertas y el orden internacional en el mundo.

El alcance de la hegemonía global estadounidense es ciertamente importante, pero su profundidad es escasa y está limitada por variables domésticas y externas. La hegemonía estadounidense involucra el ejercicio de una influencia decisiva, pero a diferencia de los Imperios del pasado, no implica un control directo.

Los dilemas a los que se enfrenta el liderazgo de los EEUU, se ven agravados por los cambios en el carácter de la propia situación global, ya que el uso directo del poder tiende actualmente a sufrir mayores limitaciones que en el pasado. Las armas nucleares han reducido considerablemente la utilidad de la guerra como instrumento de la política o incluso como amenaza. La creciente interdependencia económica entre las Naciones, hace que la explotación política del chantaje económico sea menos efectiva. Por lo tanto, las maniobras, la diplomacia, el establecimiento de coaliciones, y el despliegue de los recursos políticos se han convertido en los ingredientes clave para ejercer con éxito el poder.

Amén de conflictos étnicos-culturales, la agenda mundial actual (de mayor horizontalidad) tiene como prioridades temas como el terrorismo, el narcotráfico, las corrientes migratorias, la criminalidad transnacional organizada, y la degradación ambiental, sucesos estos que van a enmarcar el nuevo orden mundial.

En el contexto internacional, existe una mayor vinculación de cuestiones e interdependencia (y consecuentemente mayor interacción), no hay bloques de poder definidos porque no está instaurado un modelo de orden mundial, aunque sí la tendencia a la constitución de regímenes internacionales.

El argumento de crear un enemigo o adversario directo siempre fue usado por los EEUU en su política interna a fin de legitimar (a través de la concientización de la población norteamericana) el aumento en el presupuesto militar –ya que los republicanos siempre utilizaron este ardid para justificar el aparato militar o armamentista-.

Si bien la hegemonía es algo tan viejo como la humanidad, la actual supremacía estadounidense se destaca por la rapidez con la que ha surgido, por su alcance global y por la manera que se ejerce.

En el transcurso de un solo siglo, los EEUU se han transformado a sí mismos y han sido también transformados por las dinámicas internacionales, de tal manera que un país que estaba relativamente aislado en el continente americano se ha convertido en una potencia con unas capacidades de acceso y de control mundiales sin precedentes.

Pero en la actualidad el mundo es otro, ya que la tensión democracia-totalitarismo del conflicto este-oeste, fue sustituida por la tensión integración-fragmentación. Es así que los procesos de integración tienen el objeto de satisfacer necesidades materiales (caso típico de la Unión Europea), en cambio la fragmentación está referida a la resolución de la clave política.

Si se diferencian tres dimensiones de análisis: como la dimensión diplomática-estratégica con base en la seguridad (prevaliente en la agenda global pos 11 de Septiembre), una dimensión económica, y una dimensión de los ciudadanos que tenga que ver con el individuo global, las instituciones y las relaciones internacionales.

Este dilema de integración-fragmentación no es otra cosa que lo planteado a través del paradigma de cooperación y conflicto de la posguerra fría. La interdependencia referida consolida las asimetrías o desigualdades, y además de producir cooperación origina también conflicto entre actores estatales y no estatales.

La desaparición de los bloque ideológicos-militares opuestos fue acompañada por el fenómeno de globalización, y desembocó en una mayor influencia de los actores transnacionales, y de los actores no estatales y sociedad civil en las esferas de autoridad.

La fragmentación se relaciona con la mundialización o relaciones transnacionales. El conflicto existe por la aspiración a la conservación de la paz, y por la preeminencia de la diversidad y la diferencia.

Sin embargo, la todavía presencia hegemónica de EEUU, hace presuponer la existencia actual de un modelo de unimultipolaridad con tendencia a la polarización.

En el entorno norteamericano se murmura el calificativo aislacionista de su política exterior (por el marcado unilateralismo emprendido), lo que hace presuponer que Washington se preparará para mirar cada vez más hacia otro lado en materia de seguridad internacional.

Por otra parte, si se desestima la jerarquía de Estados, entonces ninguna reforma del sistema global de gobierno será duradera. Vale decir que si no se adaptan a la jerarquía del sistema de poder, las reformas políticas serán efímeras. Pero los problemas del gobierno global no pueden ser resueltos por medio de la extensión de los fundamentos de la democracia exclusivamente.

El liderazgo hegemónico puede ayudar a crear un patrón de orden, ya que la cooperación y la hegemonía no son opuestas o contradictorias. Además la hegemonía depende de cierta clase de cooperación asimétrica, que los hegemones exitosos respaldan y mantienen.

Sin embargo, los elementos subjetivos de la hegemonía norteamericana se han erosionado o desgastado tanto como los tangibles y palpables recursos de poder sobre los que se basan los sistemas hegemónicos.

Sin ignorar las dificultades que complican los intentos de coordinar las políticas en ausencia de la hegemonía, la cooperación no-hegemónica es posible y viable.

Cuando los intereses compartidos son suficientemente importantes, la cooperación puede surgir y los regímenes internacionales pueden crearse sin la condición relevante de la hegemonía.

La cooperación es posible después de la hegemonía, no sólo porque los intereses comunes pueden desembocar en la creación de regímenes, sino también porque las condiciones necesarias para mantener los regímenes ya existentes son menos complejas y estrictas, que las necesarias para su creación o constitución. Aunque la hegemonía ayuda a explicar el nacimiento de los regímenes internacionales contemporáneos, su decadencia no conduce necesaria y simétricamente a la decadencia de esos regímenes.

Los actores gubernamentales y no gubernamentales intentan adaptar sus políticas a los objetivos de todos, y si no lo hacen el resultado es la discordia o carencia de armonía que desemboca en que los gobiernos consideren que las políticas de los otros países obstaculizan y bloquean el logro de sus metas.

La discordia a menudo conduce a esfuerzos destinados a estimular a otros a que cambien sus políticas, pero cuando estos esfuerzos hallan resistencias, el resultado es el conflicto de políticas.

No obstante, si estos intentos de adaptación de políticas logran tornar esas políticas más compatibles, se produce la cooperación. La coordinación de políticas que origina la cooperación no involucra necesariamente pactos ni negociaciones. Mientras la armonía es apolítica, la cooperación es altamente política (ya que de alguna manera deben modificarse los patrones de conducta).

Por otra parte, la cooperación no implica ausencia de conflicto, sino que se halla mezclada con el conflicto y refleja los esfuerzos parcialmente exitosos de superar el conflicto real y potencial. Sin embargo, sin la hipótesis de conflicto no habría necesidad de cooperar.

Los regímenes internacionales no deberían considerarse como elementos de un nuevo orden internacional que trascienda la Nación-Estado. Deben comprenderse en especial como acuerdos motivados por el auto-interés, y como componentes de sistemas en los que la soberanía sigue siendo un principio constitutivo, originario y relevante.

Los regímenes constituyen factores intermedios entre las características fundamentales de la política mundial (tales como la distribución internacional del poder, la conducta de los actores estatales y no estatales, como las corporaciones multinacionales).

Como la Nación más poderosa del mundo y consecuentemente quien más tiene que perder en el contexto de inestabilidad global, EEUU requiere una estrategia moderada y conservadora.

Lo que es evidente es el florecimiento de la actitud “aislacionista” de la política exterior norteamericana de posguerra fría (motivada por la intención de reducir los costos del intervencionismo de décadas pasadas). Aunque también es cierto que constituye una carga difícil de sobrellevar, el hecho de que EEUU desarrolló un papel protagónico durante más de cincuenta años, por lo que la participación gradual y selectiva en los asuntos internacionales parece una utopía desde la ideosincracia de una superpotencia hegemónica con vocación imperial.

Por otra parte, gana adeptos en la actualidad la idea de edificar sobre la base del interés nacional norteamericano (concepción realista) la política exterior (ante la carencia de vigencia práctica del internacionalismo liberal y del aislacionismo). Este interés nacional implica evitar que surja alguna superpotencia confrontante y hostil a la difusión en el mundo de los tradicionales valores americanos (a pesar de la política estadounidense de conformación artificial o “ficticia” de un contendiente).

El fin de la confrontación este-oeste no desembocó en un nuevo orden internacional materializado y consolidado. El equilibrio y la estabilidad tampoco fueron atributos preponderantes del contexto de posguerra fría, pero sí el caos, el desorden y la inestabilidad internacional (ya sea en los países centrales como en los periféricos).

Consecuentemente, se infiere que la interdependencia y la correlación tienden a restringir la autonomía, justificando la dificultad de EEUU para imponer una impronta hegemónica solitaria, y para fijar los condicionamientos de una estructura global que le sea afecta o favorable.

Lo que está claro es que se está demasiado lejos de definir un nuevo orden mundial como George Bush lo había diagramado durante la guerra del Golfo (en perfecto correlato con la teoría tradicional del idealismo liberal norteamericano). Por otra parte, el activismo y el pragmatismo publicitados, coinciden con la sensación de que los intereses norteamericanos se podrían ver influenciados y lesionados si el país del norte se vuelca sobre una actitud aislacionista, si no se atenúan las amenazas externas, y si no se aprovechan las potenciales oportunidades (de algún modo más amplias y relevantes que las existentes en el marco de la guerra fría).

Los avances del transnacionalismo han implicado aceptar que el poder no se limita sólo al “poder estatal”, siendo proporcional a condiciones globales, sociales, sectoriales (ya que el Estado no se constituye en la actualidad como el sujeto único de las relaciones internacionales). Existen otras fuentes de poder como empresas, sociedad civil, organizaciones no gubernamentales; en definitiva, una multiplicidad de actores y emanadores de poder. A su vez las variadas fuentes de poder, generan relaciones asimétricas y desproporcionadas entre los actores internacionales (derivando consecuentemente en un marco de interdependencia).

La lógica transnacional también presupone el concepto de relaciones internacionales como abarcativo de una estructura de relaciones o vinculaciones de cuestiones, y con una agenda horizontal y no vertical (además no jerarquizada).

Es así como la política exterior norteamericana (adapta a los preceptos del realismo tradicional) se vio en dificultades para adaptarse a las características del proceso de mundialización y de transnacionalismo (que incorpora a actores estatales y hasta los “atraviesa” en algunas oportunidades). Los procesos son más abiertos (y no cautivos de la dimensión estratégico-militar como en la época de predominio del realismo, a pesar de la relevancia que adquirió esta variable en la agenda global luego los sucesos del 11 de Septiembre), y se divisa un paradigma de conflicto-cooperación (existiendo regímenes internacionales por áreas temáticas). No sólo son preponderantes las relaciones interestatales, sino también las intersociales (que se caracterizan por ser complejas y de orden económicas, sociales y culturales).

No obstante lo expuesto, es oportuno reconocer que la escalada terrorista en EEUU no hizo otra cosa que hacer resurgir y llevar hasta la “superficie” una cuestión característica del tradicional pragmatismo realista: el tema de la seguridad, reorientando la prevalencia de la variable económica

en los noventa hacia un predominio de la dimensión estratégico-militar y de defensa en el centro de la discusión mundial actual.

El interrogante es descifrar, si la política exterior norteamericana (marcada por antecedentes realistas tan fuertes), conducirá su acción externa en correlato a ciertas concepciones del realismo clásico: instalación del “paradigma de guerra y paz”, aplicación del concepto de equilibrio de poder, la tipificación del interés nacional como la esencia de la política y la desigualdad, la negación de las aspiraciones morales, la consideración del poder, la paz y la estabilidad como componentes amortiguadores del equilibrio, y fundamentalmente, la tipificación de la variable estratégico-militar y de defensa como cuestión prioritaria de las relaciones internacionales.

Pero también es vital remarcar que una consecuencia mediata del proceso globalizador y de la mundialización, lo son la vulnerabilidad de la soberanía estatal clásica y la consecuente permeabilidad de las fronteras. Esto trajo aparejado además, la creación de “supranacionalidades” o soberanías superiores, y configuró el carácter “interméstico” (doméstico e internacional a la vez) de los factores económicos, sociales, políticos y culturales.

El antiguo y clásico modelo de seguridad nacional ha quedado obsoleto, en razón de la ausencia de conflictos interestatales (de carácter clásico) y en función de que los dilemas de la seguridad nacional actual tienen su basamento en conflictos originados desde el interior de cada Estado más que en amenazas generadas desde afuera, que atentan consecuentemente contra las capacidades y atributos del Estado “omnipotente” de la concepción realista del sistema estatocéntrico de la paz Westfaliana.

El hemisferio americano en particular, tiene un bajo nivel de conflictividad interestatal, aunque existan residuales y mínimas situaciones de tensión en materia de problemáticas limítrofes y de soberanía territorial. Las principales amenazas regionales obedecen a disputas intranacionales (conflictos de carácter interno que por su significancia, dimensión y vinculación internacional operan como disparadores de desestabilización en el área de influencia regional y extracontinental).

La armonía y la estabilidad logradas por el proceso de integración política y socio-económica acaecido en el Cono Sur (Mercosur) contribuyó a la anulación de presuntas hipótesis de conflicto interestatal clásico (aunque la integración económica y la coordinación política se tornen aún incompletas e insuficientes).

Es por ello, que las amenazas emergentes para los Estados son de carácter no convencional e innominadas, tales como el terrorismo internacional, el narcotráfico, el crimen organizado, el tráfico de armas, las mafias, la depredación y degradación de recursos marítimos, la no preservación del medio ambiente y de los recursos naturales, las corrientes migratorias (sobre todo la inmigración ilegal), el increíble deterioro de la situación socio-económica, y la merma en la seguridad ciudadana. Operativamente, estas amenazas poseen asimetrías e incompatibilidades de poder y significancia entre sí, destacándose claramente por su relevancia las problemáticas del terrorismo internacional y del narcotráfico.

El devastador operativo suicida que destruyó las Torres Gemelas, significó un golpe certero y preciso sobre el símbolo y la sede del Capitalismo universal (edificio del World Trade Center), y sobre la representación más visible de la superioridad militar estadounidense (el Pentágono). El horror vivido hace más de un año no fue más que una excusa perfecta para la extrema derecha del ala “dura” republicana para emprender el “sueño” de imponer un sistema omnímodo de control y militarización del escenario mundial.

En el nuevo orden mundial que se está erigiendo, se preven avasallamientos inevitables de las libertades individuales y de la soberanía de los Estados, y que la contingencia del no alineamiento detrás de los EEUU equivaldría a un virtual suicidio.

La política exterior americana desde los sucesos del 11 de Setiembre responde a parámetros de orden simplista, esquemático y “maniqueo”, y de un esquema de poder fuera de control.

A nivel económico, militar y político en general, en Europa se estaban haciendo esfuerzos concretos por superar y liberarse de la dependencia estructural de los EEUU. Sin embargo, el atentado terrorista presupone un fortalecimiento obligado del bloque occidental (o del “Norte del

mundo”) contra el accionar del terrorismo transnacional, y una postergación de una conducta autonómica abierta y extrema por parte de la Unión Europea.

En relación a los EEUU, este evento contribuyó a endurecer disciplinas (instrumentación de la Ley Antiterrorista por ejemplo), a cerrar fronteras, y a consolidar y edificar una suerte de militarización de la vida social.

Es así como los “halcones” que proliferan en el estamento gubernamental estadounidense, se vieron favorecidos en su aspiración de reforzar la capacidad de las Fuerzas Armadas y de militarizar el Espacio (con el persistente sostenimiento en el centro de la discusión de la conveniencia del sistema nacional de defensa antimisiles).

Por otro lado, este ataque benefició el accionar de los diversos grupos de fundamentalistas islámicos, dado que una persecución o agresión contra estas agrupaciones o redes los consolidará como actores, y aumentará el apoyo o consenso que ya tienen en el mundo árabe.

La acción externa norteamericana ha rechazado de plano todo atisbo de multilateralismo, rehusando todo tratado internacional que lesione o ponga en peligro el unilateralismo inconsulto con que EEUU se maneja a escala global (aunque los tratados y alianzas eran considerados en la guerra fría por demócratas y republicanos unánimemente, como instrumentos útiles para contener las amenazas del totalitarismo).

El diseño de los nuevos preceptos de la política exterior americana tienen una orientación o direccionamiento unilateral y “agresivo”, propugnando un postulado tan extremista como inviable : se unen a nosotros contra el terrorismo y niegan “santuarios” a los terroristas, o enfrentan las perspectivas certeras de muerte o destrucción (el dilema del “Eje del Bien” VRS el “Eje del Mal”). Al considerar a los actos terroristas (y al del 11 de Setiembre en particular) y a la protección del terrorismo como actos de guerra, la administración Bush fue más allá de los cánones de la práctica internacional tradicional. Se plantea desde la diplomacia norteamericana que en esta tipología de guerra no hay Estados neutrales ni confines geográficos claros (“o se está con nosotros o contra nosotros”). Tal como mencionan Robert Keohane y Joseph Nye en “Poder e Interdependencia”: “ciertos sectores frecuentemente manipularon el simbolismo de la Seguridad nacional para sus propios fines , como en el caso de las cuotas de importación de petróleo impulsadas por productores petroleros internos en conjunción con sus aliados políticos. Todos estamos comprometidos en una empresa común . Ninguna nación ni grupo de naciones puede beneficiarse transponiendo los límites que sustentan el crecimiento económico mundial. Nadie logra beneficios basando el progreso en pruebas de fuerza”. Es por ello, que el interrogante está en descifrar si no existe de manera implícita o encubierta una razón económica como sustento o basamento de los conflictos de Afganistan (por los yacimientos de hidrocarburos del Asia Central, y en particular por el petróleo del Cáucaso) y de Irak (por el control político abierto del factor estratégico del petróleo). Es oportuno recalcar lo expuesto por el Dr. Pons en “Claves del siglo XXI”: “los temas centrales que movilizan a los grandes poderes para fijar esas circunscripciones de orden varían ampliamente desde insumos de valor estratégico, como el petróleo, a temores de contagio de la violencia a zonas vecinas, a –normalmente muy circunstanciales- requerimientos humanitarios de una opinión pública nacional e internacional. El interés nacional surge con mayor frecuencia en la contemporaneidad de los deseos de sectores capaces de hacer gravitar su opinión, pero que necesitan de un trasfondo social que les otorgue apoyatura sólida y que sólo pueden provenir de esa experiencia acumulada por la sociedad”.

No obstante esto, EEUU es un país al que le cuesta mucho internalizar el hecho de que el mundo exterior existe, y concientizar a la a su población de los beneficios del liderazgo unilateral global (ya que a la mayoría de los estadounidenses les interesa poco esta posición hegemónica respirando aliviados ante el hecho de la culminación de la guerra fría). Los últimos sondeos de la opinión pública americana, consignan una priorización por la variable doméstica o interna y por el factor económico, en detrimento de la dimensión estratégico-militar, del factor de seguridad y de la variable externa.

Si bien EEUU concentra como nunca en la historia, la supremacía global de los atributos de poder económicos, político-diplomáticos, estratégico-militares, tecnológicos y de la información, se

abre marcadamente un interrogante : ¿puede tildarse de poderoso y omnipotente a un país que fue asaltado por veinte kamikazes sin rostros, y cuyo servicio de inteligencia no pudo prever o detectar una amenaza que apareció de forma clara y previsible?.

Este coloso norteamericano es vulnerable frente a armas no convencionales, y su prevalencia cultural, comercial y militar (su presupuesto de defensa es igual a la sumatoria de los presupuestos de defensa de los siguientes nueve mayores “inversores militares”) además de su doctrina de economía libre de mercado y de expansión de los valores democráticos(“internacionalismo liberal”), han sido vistos como una amenaza concreta por variados grupos religiosos y de clase (especialmente en sociedades tradicionales). Tal como referencia el Dr Pons en “Seguridad y su premisa: la legitimidad del Estado” : “se requiere la legitimidad del Estado sin la cual todo esfuerzo nacional, regional o global para neutralizar tales nuevas amenazas, es vano”.

Complementariamente a esto, Paul Kennedy cita que:” la imposibilidad de los EEUU a llevar a cabo sus políticas en el extranjero es signo visible de la decadencia de ese Estado”.

Finalmente, ni siquiera las principales estructuras de fuerza diagramadas por el Pentágono, son suficientes para aislar o amortiguar los efectos de los focos de inestabilidad, conflictividad y desorden internacional imperantes, que constituyen para los EEUU un enemigo más peligroso y menos controlable que el temido enemigo soviético en plena guerra fría.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y CITADA

- 1) Roberto Russell, “La política exterior de Bill Clinton y América Latina: de la contención a la extensión de la democracia y los mercados”, Serie de documentos e informes de investigación, FLACSO, mayo 1994.
- 2) Scott James M., and Crothers Lane, “After the End- Making u.s. foreign Policy in the post – cold war world”, Editor Duke University Press Durham and London, 1998.
- 3) Ripley, Randall B. And Lindsay, James M., “Promise Versus Reality continuity and change after the cold war”, in Randall B. Ripley and James M. Lindsay (Editors) U.S. Foreign Policy After the cold war University of Rittsburg Press, 1997.
- 4) Harries, Owen (comp.), “El propósito de Estados Unidos de América – nuevos enfoques de la política exterior de Estados Unidos”, Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1993.
- 5) Conferencia del Profesor George Kennan ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos el 4 de abril de 1989, “La guerra fría ha terminado”. (Traducción de Marisa Revilla).
- 6) Remarks of Anthony Lake, Assistant to the President for National Security Affairs “From containment to enlargement”, Johns Hopkins University School of Advanced International Studies, Washington, D.C., September 21, 1993.
- 7) Brzezinski, Tzvetan, “El gran tablero mundial, la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos”, Editorial Paidós, Barcelona, 1998.
- 8) Held, David, “La democracia y el orden global – Del Estado moderno al gobierno cosmopolita”, Editorial Paidós, Barcelona, 1997.
- 9) Aron, Raymond “La República Imperial”, Emecé Editores S.A., Buenos Aires 1974.
- 10) Huntington, Samuel P., “El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”, Paidós SAICF, Buenos Aires, 1997.
- 11) Portales, Carlos, “Problemas de consenso en la política exterior norteamericana”, en selección de Portales, Carlos. La América Latina en el nuevo orden económico internacional, FCE, México, 1986.
- 12) Heineman, Robert. A., Peterson Steven A., Rasmussen Thomas H., “American Government”, Second Edition Mc Graw-Hill, Inc., 1995 U.S.A., Chapter 15.
- 13) Di Paolo, Gustavo Daniel y Broitman Ana, “Vietnam y su temor de perder en manos de la globalización las victorias obtenidas en el campo de batalla”. Serie Estudios N° 20, IRI – UNLP, Junio 2002.
- 14) Hoffmann, Stanley, “Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz”. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, Argentina. 1991.
- 15) Figari, Guillermo Miguel, “De Alfonsín a Menem. Política Exterior y Globalización”. Ed. Memphis. Buenos Aires, Argentina, 1997.
- 16) Tokatlian, Juan Gabriel, “Pos-guerra fría y política exterior. De la autonomía relativa a la autonomía ambigua”. Artículo del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. Bogotá, Colombia, 1996.
- 17) Escudé, Carlos, “Realismo Periférico. Fundamentos para la nueva política exterior argentina”. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1992.
- 18) Pons, Luis Alberto “Claves del siglo XXI”. Editorial Dunken, Buenos Aires, 2000.
- 19) Pons, Luis Alberto “Seguridad y su premisa: la legitimidad del Estado”. Boletín del Centro Naval, Número 791, volumen 116. Buenos Aires, 1998.
- 20) Pons, Luis Alberto “Perspectivas teóricas del poder desigual: el paradigma EEUU-Argentina”. Boletín del Centro Naval. Número 798, volumen 118. Buenos Aires, 2000
- 21) Insulza, José Miguel, “La primera guerra fría: percepciones estratégicas de la amenaza soviética (1945-1968)”, en Cuadernos Semestrales N°12, CIDE, México, 1982.

22)Gaddis, John Lewis, “Estrategias de la contención. Una evaluación crítica de la política de seguridad norteamericana de la posguerra”. Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988, Cap. II.

23)Lafeber, Walter, “America, Russia and the cold war 1945-1996”, Eighth Edition, 1997, Mac Graw-Hill Companies, Inc., U.S.A., Chapter 1, 2 y 3.

24)Insulza, José Miguel, “La política exterior de Estados Unidos en los años ochenta y su impacto en el sistema internacional”, en Cuadernos Semestrales N°19, México, primer semestre de 1986, pág. 99-127.

25)Discurso del Presidente Jimmy Carter leído el 22 de mayo de 1977 en oportunidad de la ceremonia de colación de grados de la Universidad de Notre Dame.

26)Waltz, Kenneth N., “Teoría de la política internacional”, Gel-Grupo Editor Latinoamericano Colección Estudios Internacionales, Buenos Aires 1988.